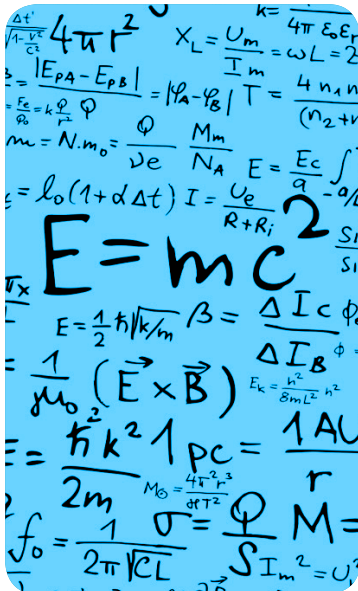
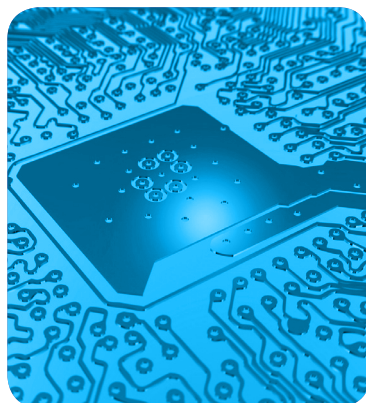
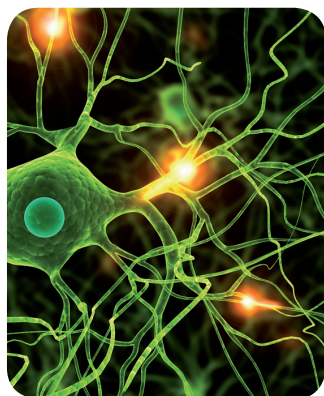




MÁSTERES de la UAM

Facultad de Filosofía y
Letras/13-14

Máster
Interuniversitario en
Historia y Ciencias de
la Antigüedad



**Construcción y
recepción de la ima-
gen del poder. La legi-
timación de la Monar-
quía Seléucida de
Seleuco I a Antíoco IV
(305-164 a.C.)**

Aida Fernández Prieto

ÍNDICE

1. Introducción.....	2-4
2. Hacia la construcción de un nuevo reino: de la muerte de Alejandro a la proclamación como <i>basiléus</i>	4-10
3. Definiendo el carácter de la dinastía: la impronta de lo militar y el <i>génos</i> de Apolo.....	10-21
3.1 <i>Prógonos</i> divino.....	10-15
3.2 El monarca seléucida: líder militar y conquistador victorioso.....	15-21
4. Elementos greco-macedonios y locales en la presentación de la Monarquía Seléucida.....	21-37
4.1 <i>Euergétes</i> : el rey como patrono y benefactor.....	22-31
4.1.1 Las <i>pólis</i> y el monarca.....	22-26
4.1.2 El monarca como benefactor de los templos y cultos locales “no-griegos”.....	26-30
4.1.3 El patronazgo real en la corte.....	30-31
4.2 Política, administración y control del territorio.....	31-37
4.2.1 Elementos de continuidad dinástica: corregencias, onomástica, política matrimonial y culto central al gobernante.....	31-34
4.2.2 Los <i>phíloi</i> del rey.....	34-35
4.2.3 Las fundaciones seléucidas.....	35-37
5. La recepción de la imagen del monarca.....	37-46
5.1 El “triunfo” de la legitimación: visión positiva y concesión de honores...37-41	
5.2 El “fracaso” de la legitimación: visión negativa y resistencia.....	41-45
6. Conclusiones.....	45-48
Bibliografía.....	49-56

1. Introducción

“Power is like the wind: we cannot see it, but we feel its force. Ceremonial is like the snow: an insubstantial pageant, soon melted into thin air. The invisible and the ephemeral are, by definition, not the easiest of the subjects for scholars to study. But this conceals, more than it indicates, their real importance”

(Cannadine, 1987, p.1)

La elección de este párrafo introductorio reside, en mi opinión, en que resume a la perfección la importancia de trabajar sobre un tema como el que nos ocuparemos: el poder y la legitimación. Pues, no hay régimen político a lo largo de la Historia o, en el presente, que no haya desarrollado una serie de mecanismos para favorecer su aceptación y, por ende, su supervivencia. Las monarquías helenísticas, desde luego, no fueron una excepción a la norma; pero debido al complejo y precario escenario en el que estas emergieron, la necesidad de buscar la legitimación para consolidarse y perpetuarse en el tiempo fue todavía más acuciante.

En este sentido, el objetivo del presente ensayo es indagar en los instrumentos que una dinastía helenística concreta, la Selúcida¹, empleó en aras de que su gobierno resultara admisible y tolerable, no solo en el interior de su imperio²; sino también para otros estados que quedaban fuera de este, como algunas *póleis* griegas y otras monarquías rivales. Dado que los Selúcidas estuvieron en el poder en torno a unos 250 años, he creído conveniente reducir el marco de estudio al periodo comprendido entre los reinados

¹ Debe señalarse, que aunque en la bibliografía moderna se emplea comúnmente el término “Selúcidas” para referirse a esta monarquía helenística (el cual nosotros también emplearemos), en realidad este solo aparece atestiguado en uno de los autores antiguos: Apiano (*Syr.* 48-50, 65, 67). En el resto de las fuentes literarias se prefieren expresiones del tipo: “Los reyes descendientes de Seleuco”, “los reyes de Asia”, “los reyes de siria/ de los sirios”, “los macedonios”, etc.; mientras que en la correspondencia oficial, los dinastas se presentan a sí mismos como: “Rey Seleuco/Antíoco” (Austin, 2003, p.121).

² En el mundo griego contemporáneo a la dinastía, se utilizaron indistintamente los términos reino (*basileia*) o imperio (*arché*) para referirse al Estado Selúcida, por lo cual también se hará así en este ensayo (Sherwin-White y Kuhrt, 1993, p.40).

de Seleuco I (el fundador) a Antíoco IV (momento en que tiene lugar la crisis Macabea); es decir, entre el 305 a.C. al 164 a.C.

Pero, ¿cuándo se inició el interés por este tema? Probablemente, la primera producción de tintes historiográficos que desempolva el recuerdo de la dinastía, sean los *Annales compendiarium regum Syriae* (ca. 1744), del jesuita Erasmus Frölich. Sin embargo, no será hasta entrado el siglo siguiente, que comiencen a producirse más obras de carácter general sobre el mundo helenístico (destacando el famoso título de J.G. Droysen, *Geschichte des Hellenismus*, ca.1836-43) y una serie de catálogos numismáticos, algunos de los cuales se centrarían en exclusiva en los Seléucidas, caso del elaborado por Percy Gardner (1878), *Coins of the Seleucid Kings of Syria in the British Museum* (Bevan 1966a, p.2). Ya iniciado el siglo XX, nos vamos a encontrar con la aparición de los que, a la postre, vendrán considerados como los estudios clásicos sobre el tema: *The House of Seleucus* (1902), de Bevan.; *Histoire des Séleucides* (1913-14), de Bouché-Leclercq o *Seleucid-Parthian Studies* (1930), de Tarn. Mas, realmente será a partir de mediados del siglo pasado y, sobre todo, desde los años `80, cuando los trabajos sobre el tema se multipliquen, incluyendo revisiones de las formulaciones hechas por la historiografía anterior. De esta forma, pueden destacarse las investigaciones de Susan Sherwin-White y Amélie Kuhrt o las más recientes de Kyle Erickson (que abogan por un modelo más “oriental” del Imperio Seléucida³).

La tradición historiográfica existente (que acabo de resumir muy brevemente), no cuenta con un estudio donde se analicen no uno ni dos, sino todos (o casi todos), los instrumentos y mecanismos que operaron a la hora de construir la legitimación de esta dinastía. Por tanto, mi hipótesis de partida es, que los Seléucidas manejaron todos los recursos a su alcance para lograr que la monarquía se consolidase y perpetuase a través de los siglos. Para ello, no pudieron limitarse solo a difundir el mensaje a un grupo concreto de la población de sus complejos dominios; tuvieron que tener en cuenta todas las realidades existentes y adaptar su lenguaje a cada una de ellas.

³ Para simplificar y no entrar en toda la problemática de la terminología, a lo largo del ensayo emplearé el término “greco-macedonios” para referirme a las poblaciones griegas y macedonias asentadas en los dominios de los Seléucidas y, el de “orientales” o “no-griegos”, como genérico de las poblaciones locales preexistentes a la conquista de Alejandro Magno.

Con el ánimo de tratar de llegar a dicha hipótesis, la metodología de trabajo se ha basado, eminentemente, en el manejo de *corpora* epigráfica (*OGIS*, *IG*, *SEG*, *SIG*), autores clásicos y bibliografía reciente⁴. Sin embargo, hay que tener en cuenta, que las dos primeras presentan una serie de limitaciones: los testimonios epigráficos se reducen a las áreas de Asia Menor y Norte de Siria; mientras que las fuentes literarias, o son relativamente tardías (Apiano y Pompeyo Trogo/Justino), fragmentarias y no llegan a cubrir todo el periodo (Polibio, Diodoro Sículo y algún pasaje de Tito Livio) o, se restringen a un contexto determinado (Flavio Josefo, *Libro de Daniel*, *Libros de los Macabeos*). Además, debe tenerse en consideración, que ninguna de estas producciones literarias tiene como tema central la historia de los reyes seléucidas (Erickson, 2009, pp.29-30).

Hasta aquí llega la introducción del ensayo; en el siguiente apartado nos ocuparemos de los inicios de la dinastía y los primeros instrumentos legitimadores, entre ellos, la imagen de continuidad con Alejandro Magno.

2. Hacia la construcción de un nuevo reino: de la muerte de Alejandro a la proclamación como *basiléus*

“*Τῷ κρατίστῳ*”

En palabras de Arriano (*An.* 6.27.3⁵), esa fue la única respuesta que el Gran Alejandro dio en su lecho de muerte a sus Compañeros (*hetaíroi*), quienes le habían preguntado a quién dejaría su inmenso legado. Leyenda o realidad, lo cierto es, que tras la desaparición del conquistador, las sucesivas luchas entre los Diádocos por hacerse con el poder, no tardarían en producirse. Asesinatos, batallas constantes y alianzas efímeras y

⁴ Se ha consultado en primera instancia el catálogo numismático de Gardner al que hemos hecho referencia con anterioridad, pero finalmente se ha creído conveniente no incluirlo en el ensayo, ya que esta cuestión ha sido revisada en la bibliografía actual sobre la que trabajaremos (que además cuenta con imágenes de mejor calidad). Por otra parte, nos basaremos en publicaciones recientes para el contenido de fuentes “orientales”, que por cuestiones de formación profesional podrían quedar olvidadas (como por ejemplo, el *Cilindro de Borsippa* o los *Diarios Astronómicos*).

⁵ Para esta cita de manera exclusiva se ha manejado la siguiente edición bilingüe (griego-italiano): Arriano, *Anabasi di Alessandro Magno*, edición de Francesco Sisti y Andrea Zambrini, Fondazione Lorenzo Valla, Roma, 2004.

cambiantes serían el tópico en los años siguientes; a la par, que de una progresiva fragmentación territorial, comenzarían a surgir en los territorios ganados por el rey macedonio unas nuevas entidades políticas: los primeros reinos helenísticos.

No corresponde a este ensayo narrar todos los acontecimientos que tuvieron lugar en este periodo, ni tampoco detenerse en describir la aparición y conformación de cada una de las nuevas monarquías que se desarrollan; pero sí (dado que pretendemos centrarnos en una dinastía en particular), sería interesante que diéramos unas muy someras notas de cómo esta llega a configurarse como tal.

La Monarquía Seléucida, debe su nombre a su fundador, Seleuco (hijo de un comandante del ejército de Filipo II (Just. 15.4.3)), que había dado sus primeros pasos en la corte de Macedonia como paje real, partiendo después a Asia en la expedición de Alejandro. Pese a esto, las noticias más relevantes sobre este individuo (en relación a su cercanía con el conquistador), las tenemos a partir de la expedición a la India, en la que aparece comandando a los *Hypapistas* reales como *hetaíros* del rey (Davis y Kraay, 1973, p.181; Grainger, 1990a, pp. 1-10; Arr., *An.* 5.13.4) y, posteriormente a esta campaña, cuando desposa a la princesa irania Apama, en las multitudinarias Bodas de Susa (Arr., *An.* 7.4.6). Tras la muerte de Alejandro Magno, el papel de Seleuco en los acontecimientos inmediatos será del todo secundario, actuando como mero subordinado de Perdiccas, al que parece ser, termina por asesinar (Bouché-Leclercq, 1978, pp.7-8). Del consiguiente reajuste (o reparto) territorial en Triparadiso (321 a.C.), será recompensado con la satrapía de Babilonia (Diod.19.55.3), que mantiene hasta que, amenazado por Antígono, huye a Egipto, donde serviría bajo las órdenes de Ptolomeo I como almirante de la flota (Bevan, 1966a, p.52; Dn.11.5⁶; Diod. 19.58.5, 19.60.4, 19.68.3). En el 312 a.C., con una pequeña fuerza proporcionada por el mismo rey lágida, Seleuco marcha hacia su antiguo dominio, que finalmente recuperará de manos de aquel que se lo había arrebatado. Los años venideros se caracterizarán por un proceso de conquista, que al ocaso del reinado, supondrá la extensión en miles de kilómetros de su territorio de partida, tanto hacia Oriente, como a Occidente (Grainger, 1990a, p.14-112).

En torno al 306/305 a.C. y, aprovechando la senda abierta por Antígono, Demetrio y Ptolomeo (que recientemente habían ido adoptando la titulación real), él

⁶ Para el *Libro de Daniel* y los *Libros de los Macabeos* se ha empleado la edición de la *Sagrada Biblia* traducida por Eloíno Nacar Fuster y Alberto Colunga (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1968).

mismo será coronado rey (Bickerman, 1983, p.4; Diod. 20.53.4), inaugurando así una nueva dinastía helenística que se perpetuará hasta la definitiva conquista romana en el 63 a.C. (Austin, 2003, p.121).

La “creación” de este nuevo reino, con la adopción de la diadema real, requeriría del desarrollo de toda una serie de mecanismos que hicieran aceptable el gobierno seléucida, tanto a las poblaciones greco-macedonias, como a los diversos habitantes “no-griegos” de su territorio y; también, que les permitiera legitimarse frente a otros estados. En relación a este hecho, cabría empezar diciendo, que la monarquía no era algo “natural”, no era una institución común en el mundo griego⁷. Más aún, esta era por excelencia la forma de gobierno característica de los bárbaros, como bien expreso queda en el siguiente discurso que Herodoto pone en boca de Darío I:

“Afirma que este último (el monarca) lleva con mucho ventaja. Pues nada puede parecer mejor que un hombre excelente. Pues teniendo un talento de tal categoría, podría gobernar al pueblo en forma irreprochable (...) Y así demuestra (...) que la monarquía es lo mejor”

(Hdt, 3. 82, trad. Rodríguez Adrados, 2011)

Pese a esto, y sobre todo desde del siglo IV a.C., va a surgir una corriente de opinión favorable a dicha institución, corriente en la que podemos incluir, entre otros, a Isócrates, Jenofonte o Aristóteles. Estos pensadores contribuirán con una serie de escritos al desarrollo de toda una ideología de la realeza, que se caracterizará, en primer término, por presentarse como antagonista de la tiranía:

“(...) Porque la realeza era un gobierno de los hombres libres con su consentimiento y de acuerdo con las leyes del Estado; mientras que la tiranía era un gobierno de súbditos cuya voluntad era violentada y (...) no estaba controlado por las leyes”

(Xen., *Mem.* 4.6.21, trad. Samaranch, 1967)

Esta presentación de la figura del monarca, es completada por Jenofonte con diversas cualidades que recoge en otras de sus obras, como la *Ciropedia*, el *Económico*

⁷ Debe puntualizarse, que la monarquía tampoco era totalmente algo ajena para los griegos, pero había quedado relegada al ámbito de la epopeya, como el referente de un pasado lejano que poco se amoldaba a la forma de gobierno de la *pólis* (Mossé 2004, p.158).

o *Agésilao*. Por ejemplo, en la última de estas tres, se incluye: el respeto a los dioses, el dominio de los deseos o la generosidad. Atributos similares los tenemos en el discurso de Isócrates *A Nicocles*, donde además, se hace hincapié en la idea de la justicia (Mossé, 2004, p.159-162; Eckstein, 2009, p.254). Algo más allá va Aristóteles, el maestro de Alejandro, quien en la *Política*, llega a afirmar que: “(...) es natural que tal individuo (el rey) fuera como un dios entre los hombres” (1284a, ll.12-13, trad. de García Valdés, 1988) y también que: “(...) para los hombres de esa clase superior no hay ley, pues ellos mismos son la ley” (*Ibídem*, ll.16-17) o, dicho en términos griegos, el monarca es: *nómos émpsychos* (“ley viviente”) (Pascual González, 2011, p.8).

Escritos como estos cimentarán la base sobre la que se irá construyendo la maquinaria de legitimación de las nuevas dinastías helenísticas, al igual que las reflexiones hechas por personajes vinculados directamente con las cortes (Beroso, en el caso de los Seléucidas⁸) (Lund, 1992, p.154); pues los nuevos marcos en las que estas monarquías surgen y se desarrollan, exigen nuevas formas legitimadoras frente a las anteriores de la dinastía Argéada. Siguiendo la propuesta de Pascual González (*Op.cit*, p.6), tal proceso iría enfocado en una dirección triple: la definición de las cualidades personales del rey, la presentación de una imagen de la realeza aceptable para los griegos y, a la par, adecuada para los “no-griegos”. En esta línea, se va a ir elaborando toda una *areté* o virtudes del monarca: el rey es ante todo un comandante victorioso (*nicátor*), que demuestra su coraje en la batalla y, que además, actúa como protector y salvador de sus súbditos (*sóter*). Cuenta con el favor de los dioses, hacia los que obra de manera piadosa (*eusebés*); es generoso y benefactor (*euergétes*); se caracteriza por su magnanimidad (*megalopsychés*); es justo y garante de la concordia (*homónoia*) y tiene la mejor naturaleza (*phýsis*). Además es sabio (*sophós*); cuenta con una buena educación (*paideía*) y es un abnegado gobernante (*eúnoios*); ama al género humano (*philántropos*); gobierna con equidad (*epieíkeia*); posee la recta inteligencia (*phrónesis*); etc. (Lund, 1992, pp. 157-176; Alonso Troncoso, 2005, p.188; Pascual González, 2011, p.8).

Junto a estos elementos que acabamos de citar, algunos de los cuales trataremos más detalladamente a la hora de exponer las principales formas de legitimación de los

⁸ Como bien señala Murray (2007, pp.13-28), en la construcción una ideología de la realeza también tendrá mucha influencia el papel de los filósofos y, en particular, el de los estoicos, que presentan la monarquía como una “noble servidumbre” (*éndoxos douleía*).

Seléucidas, nos encontramos ante un instrumento recurrente, en mayor o menor medida, en todas las dinastías (particularmente en los primeros tiempos): la vinculación a la figura de Alejandro. Es decir, de una manera u otra, estas realezas (que podrían considerarse como usurpadoras del poder legítimo de Macedonia una vez asesinados los últimos representantes Argéadas (Eckstein, 2009, p.248)), van a tratar de presentarse como legítimas herederas del imperio del conquistador macedonio. En el caso particular que nos ocupa, es interesante destacar, que los Seléucidas, aunque indudablemente se sirvieron también de este recurso, lo emplearon menos que sus rivales. Sin embargo, esto no quiere decir, que la imagen de Alejandro fuera dejada completamente de lado; así, diversos historiadores modernos (Hadley, 1969, pp.142-143; Lund, 1992, p.160; Eckstein, 2009, p.250; entre otros), refieren dos anécdotas de las que se hacen eco Apiano y Diodoro Sículo, que indudablemente habría que poner en relación con este aspecto:

“(…) Cuando Alejandro (…) navegaba por las lagunas de Babilonia (…), se levantó un ventarrón que le arrebató su diadema y, arrastrada por el viento, quedó colgada de una caña que crecía sobre la tumba de un antiguo rey. (…) Seleuco se echó a nado a por la diadema del rey y (…) se la ciñó en su cabeza para evitar que se mojara. Y al final los presagios se produjeron (…), pues (…) Seleuco fue, de entre los sucesores de Alejandro, quien reinó sobre la mayor parte de su imperio”

(App., Syr. 56, ll. 21-45, trad. Sancho Royo, 1980)

El fragmento de Diodoro haría referencia a un supuesto discurso que Seleuco habría dado a sus desmoralizadas tropas antes de emprender la lucha para recuperar Babilonia:

“Al verlos tan asustados, Seleuco los animó (…). Ya que (…) Alejandro, en sueños, se había puesto a su lado y le había dado una clara señal de la futura hegemonía que iba a alcanzar, con el transcurso del tiempo”

(Diod. 19.90.3-4, trad. Sánchez, 2014)

Aparte de las evidencias literarias, las numismáticas también nos ofrecen un ejemplo del empleo de Alejandro Magno para mostrar una idea de continuidad. Después de la muerte del macedonio, casi todos los Sucesores van a continuar acuñando monedas de este y van a introducir nuevos tipos con la efigie del gran conquistador (Kroll, 2007, 113-116). En este caso, de nuevo, aunque Seleuco para competir con sus rivales continúa

con muchos de los tipos de Alejandro, parece que va a buscar una conexión de tipo más “indirecta”; una conexión que realmente pretende representarse más a sí mismo, que al difunto rey (no hay que olvidar que su hijo y sucesor, Antíoco I, será de los primeros reyes que sustituirá el retrato de este por el suyo propio y el de su padre ya fallecido (Kroll, 2007, p.120)).

Entre los tipos de Alejandro con los que Seleuco continúa, podemos destacar una serie de tetradracmas, en cuyo anverso se representa a Heracles con la piel de león y, en el reverso, a Zeus sedente con un águila (Zeus *Aetóphoros*)⁹. En la misma línea estaría la acuñación de estáteros de oro con Atenea con el yelmo en el anverso y la Niké alada en el reverso (ambos tipos con la leyenda *ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ* o *ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ*) (Hadley, 1974, p.52; Erickson, 2009, p.84).

Además, aunque de manera relativamente escasa, también se acuñarán monedas con el retrato del propio Alejandro, como los dárlicos de oro, en cuyo anverso aparece el perfil del macedonio mirando a la derecha y tocado con la piel de elefante (que imitan el tipo Alejandro/Heracles) y, en el reverso, la Niké con una corona y un estilo (a veces coronando a un caballo con cuernos de toro o a un ancla, ambos símbolos de la dinastía). El tocado o yelmo de elefante, se ha relacionado tanto con la expedición de Alejandro a la India, como a la del propio Seleuco (que de esta manera se representa como el verdadero continuador de la herencia del rey difunto); también se ha asociado con Dioniso, la victoria de Ipso y la fundación de Seleucia-Tigris (Erickson, 2013, 110-113).

Hasta aquí hemos presentado cómo los Seléucidas llegaron al poder en el contexto de los convulsos acontecimientos que se desataron tras la muerte de Alejandro entre sus Sucesores. De la misma manera, hemos visto, que la monarquía no era algo común para los griegos; estas nuevas realidades tuvieron que buscar nuevas formas para legitimarse y, para ello, partieron de una base ideológica que se había ido gestando desde el siglo IV

⁹ Las alusiones a la figura de Zeus (tipo que, como veremos en el siguiente apartado cambia por Zeus *Niképhoros*), permiten al primero de los Seléucidas asociarse a la dinastía Argéada (que se consideraban descendientes de este a través de Heracles) y, por ende, también, de una manera más sutil, a Alejandro (quien se había sido proclamado hijo de Zeus-Amón). Además, relatos tardíos, como el de Libanio (*Orat.* 11.91), vinculan a los Seléucidas con Zeus a través de Témeno (descendiente de Heracles) (Erickson, 2013, 114).

a.C., nutrida con las aportaciones de personajes vinculados a sus propias cortes. A esto, sumaron el halo del Gran Alejandro, al que no tardaron en tratar de vincularse.

En los siguientes apartados que vamos a trabajar (3 y 4), trataremos el resto de los instrumentos que permitieron a los Seléucidas legitimar su poder: en el primero de estos, nos centraremos exclusivamente en la guerra y en la proclamación de un *prógonos* divino (Apolo) y; en el segundo, en cuestiones varias (patronazgo, política matrimonial y onomástica, culto central al gobernante, fundaciones, etc.). La razón de presentar los recursos legitimadores del apartado 3 por separado, se debe, a que en mi opinión, estos van a ser los que más van a definir el carácter y las políticas de la dinastía desde los primeros momentos (lo que no quiere decir, que no haya otros mecanismos igualmente importantes o, que este tipo de recursos no sean empleados por otras monarquías helenísticas).

3. Definiendo el carácter de la dinastía: la impronta de lo militar y el *génos* de Apolo

En el apartado anterior, hemos tratado de manera muy resumida el origen de la Monarquía Seléucida en el devenir de los acontecimientos que tuvieron lugar desde la muerte de Alejandro Magno, hasta la toma de la diadema real por el fundador de esta, Seleuco I.

Ahora, como adelantamos, nos vamos a interesar en dos aspectos particulares: el militar y el de la construcción de una mitología del origen de la dinastía centrada en un personaje divino. Ambos elementos, como se ha señalado un poco más arriba, a mi entender, son claves para determinar el carácter de esta monarquía y resultaron vitales para el proceso de creación de una identidad dinástica al que los primeros reyes tuvieron que hacer frente para lograr la consolidación del imperio.

3.1. *Prógonos* divino

Poco puede ponerse en duda la utilidad y beneficios que reporta el ser considerado hijo o descendiente de un dios, particularmente en un contexto histórico-religioso en el que la separación entre seres divinos y humanos no era tan amplia como lo sería en las grandes religiones monoteístas. El propio Alejandro, tras su visita al Oráculo de Siwah, había reclamado la paternidad de Zeus-Amón y, en esto, tampoco tardarían en seguirlo

los Diádocos; quien más o quien menos buscaría su afiliación a una divinidad determinada. En el caso que nos ocupa, será Apolo.

La “creación” o “construcción” de este vínculo entre los Seléucidas y el hijo de Zeus se hará partiendo de dos recursos principales: los oráculos emitidos por el santuario de Apolo en Dídima, referentes al futuro destino de Seleuco I y recogidos por fuentes posteriores y; mediante la difusión de una serie de leyendas, que tratan de presentar a Apolo como ancestro de la dinastía, al ser padre de su fundador.

Comenzando por los oráculos, podemos hacer referencia a tres: uno citado por Diodoro Sículo (19.90.3-4) y otros dos por Apiano (Syr. 56 y 63). El primero de ellos (el de Diodoro), se insertaría en una arenga de Seleuco I a sus tropas (el mismo en el que hacía referencia al sueño en el que se le había aparecido Alejandro.) y, supuestamente, sería la respuesta a una consulta hecha hacia el 334 a.C. Sin embargo, dado que se refiere a Seleuco como *Σέλεθρον Βασιλέα*, algo bastante improbable que hubiera sido pronunciado estando aún vivo el conquistador, se ha tendido a pensar que podría tratarse de una reelaboración posterior de uno de los que menciona Apiano. Probablemente, tal reelaboración habría sido hecha en época más tardía por el propio Seleuco o a instancias de este, en aras de justificar su propio poder en Asia y la toma del título real (Aldea Celada, 2013, pp.16-17)¹⁰.

“(…) También dijo que era necesario confiar en las palabras de los dioses, que proclamaban que el final de la campaña sería digno de su intención. Ya que en el oráculo en Bránquidas, el dios le había vaticinado que sería proclamado rey (…)”

(Diod. 19.90.3-4, trad. Sánchez, 2014)

El primero de los de Apiano, se trataría de una recomendación que el Oráculo hace a Seleuco:

“Se dice que, cuando todavía era soldado de Alejandro y lo seguía a la guerra contra los persas, consultó el oráculo de Dídima sobre su regreso a

¹⁰ Si tenemos en cuenta que el evento se sitúa en el contexto de la lucha por recobrar el control de Babilonia, podría ser interesante indicar, que aunque Seleuco no toma el título real hasta ca. 305 a.C., la *Era Seléucida* se fecha desde ese momento (312 a.C.), con lo que es posible que hubiera cierta conexión (De la Nuez Pérez, 2009, p.335).

Macedonia y obtuvo la siguiente respuesta: `No te afanes por volver a Europa, Asia será mucho mejor para ti`”

(App., Syr. 56, trad. Sancho Royo, 1980)

En cambio, el otro sería el presagio de su muerte:

“(…) Se dice también sobre su muerte que, habiendo consultado un oráculo en cierta ocasión le había vaticinado: `Si evitas Argos, llegarás al año fijado por el destino, pero si te acercas a Argos, entonces morirás antes del tiempo fijado`”

(App., Syr. 63, trad. Sancho Royo, 1980)

Teniendo en cuenta que Seleuco encontró la muerte en Lisimaquia (cerca de donde el Oráculo le había advertido de no acercarse), lo más plausible es que se trate de una reconstrucción *post eventum*. Pero, ¿cómo habría que entender todos estos presagios que las fuentes posteriores nos recogen?, ¿qué interés podría tener Dídima, y por ende Mileto, la *pólis* que controlaba el santuario, en todo esto? La explicación sería la siguiente: Seleuco (y luego sus sucesores) necesitarían del Oráculo para que sancionase y legitimase su política a través de pronunciamientos como estos; a la par, que Dídima y Mileto se beneficiarían de las donaciones que la nueva dinastía, ahora encumbrada como su principal *euergetes*, les pudiera aportar (Aldea Celada, 2013, p.18). En resumidas cuentas, se trataba de una relación de reciprocidad, en la que cada una de las partes daba y recibía algo a cambio. De hecho, el propio Seleuco I se encargaría de devolver a Dídima la estatua de culto de Apolo *Philesius*, la cual habría sido robada por Jerjes y; por tanto, podría pensarse, que en gratitud a esta restitución, Dídima produjera una serie de leyendas que conectaran al fundador de la dinastía con Apolo (Parke, 1985, p.50). Esto nos llevaría a la siguiente cuestión, que es la de la construcción de la identidad dinástica basada en una mitología que encumbra a Apolo en el origen de la misma y, cuyos ecos, de nuevo, han quedado fosilizados en las fuentes posteriores:

“(…) Pues su madre, Laódice, cuando se había casado con Antíoco, (...), en un sueño creyó haberlo concebido de su unión carnal con Apolo y, tras quedar embarazada, había recibido del dios como regalo por sus favores un anillo, en cuya gema había esculpido un ancla; y se le había ordenado regalárselo al hijo que diera a luz. Hicieron maravilloso este sueño el anillo que al día siguiente se encontró en el lecho con el mismo grabado y la figura

del ancla que apareció en el muslo de Seleuco cuando la criatura nació. Por lo cual Laódice dio el anillo a Seleuco (...), tras haberle informado de su origen. Cuando después de la muerte de Alejandro, ocupó el reino de Oriente, fundó una ciudad y también allí consagró el recuerdo de su doble origen. Pues llamó a la ciudad Antioquía por el nombre de su padre Antíoco, y consagro a Apolo los llanos próximos a la ciudad¹¹ (...)"

(Just. 15.4.2-6, trad. Castro Sánchez, 1995)

El problema reside en la cuestión de cuándo surgirían las leyendas que subyacerían a narraciones como esta. Así, si como señala Aldea Celada (2013, p.19), una serie de autores, entre ellos Newell o Bearzot¹², consideran que el origen del mito podría encontrarse ya en tiempos de Seleuco I; otros, como Erickson, en estudios más recientes (a los que me referiré más adelante), abogan por atribuirlos a la época de Antíoco I. Los que defienden que tal construcción se inició con Seleuco I, justifican su posición en un peán de Esmirna dedicado a Apolo y a Asclepio, donde el Seléucida es reconocido como hijo del primero: “*Ὑμνεῖτε ἐπὶ σιτονδαῖς Ἀπόλωνς κυανοπλοκάμου / παῖδα Σέλευκον*” (Erickson, 2009, p.46) y; en una serie de acuñaciones de Seleuco I en las que aparecen símbolos atribuidos a Apolo (arco, carcaj, flechas, trípode, el ancla...) o el rostro del mismo dios laureado. Por su parte, los que cuestionan esta hipótesis, recalcan que la divinidad predominante en las monedas de Seleuco I no es Apolo, sino Zeus, y que es con este con quien más se vincula dicho monarca¹³ (de hecho, en la lista de sacerdotes de Seleucia en Pieria de época de Seleuco IV (OGIS, 245), el fundador de la dinastía aparece designado como Seleuco Zeus Nicator). En base a esto, Hadley (1974, p.57), sin negar el vínculo entre

¹¹ La fundación del santuario de Dafne en honor a Apolo, que es a lo que el texto se refiere con “los llanos próximos a la ciudad”, nos define uno de los roles de Seleuco como rey, el de constructor o reconstructor (una de las funciones que la tradición oriental atribuía a sus monarcas) (De la Nuez Pérez, 2009, p.336). Esta cuestión, al poder englobarla dentro del patronazgo o la *euergesía* real la trataremos más adelante.

¹² Newell, E.T. (1938), *The Coinage of Eastern Seleucid Mints from Seleucus I to Antiochus III*, *The American Numismatic Society*, Nueva York, pp. 44-46; Bearzot, C. (1984), “Il santuario di Apollo Didimeo e la spedizione di Seleuco I a Babilonia (312 a.C.)” en Sordi, M. (ed.), *I santuari e la Guerra nel mondo classico*, Vita e Pensiero, Milán, p.71.

¹³ Tal como señaláramos en el apartado 2, en relación a las acuñaciones de Seleuco y las continuidades de los tipos de Alejandro. De hecho, algunos pasajes en las fuentes clásicas enfatizan esta relación con el padre de los dioses (Paus.1.16.1; App., Syr. 56, 58)

esta simbología en la numismática y Apolo, le da un sentido diverso: esta tendría que ver más con la conmemoración de los oráculos de Dídima, que con el desarrollo de la leyenda que situaría al dios como padre de Seleuco I.

Parece pues, y en mi caso me aproximo más a esta otra postura, que el mito de Apolo como divinidad tutelar se desarrollaría de manera más amplia y clara con Antíoco I, comenzando ya desde el momento en que este actúa como corregente de su padre (durante los últimos años de vida de Seleuco) y difundiéndose desde las cecas situadas en el área de influencia que el primero le habría asignado (Erickson, 2011, pp.51-52)¹⁴. Este último elemento permitiría, además, dar sentido peán al que antes hemos hecho referencia. De otro lado, habría que añadir, que es con Antíoco I cuando comienzan a acuñarse tetradracmas en cuyo reverso destaca el motivo de Apolo en el *Omphalós*, sosteniendo en la mano derecha una (o varias) flechas¹⁵ y en la izquierda un arco (en el anverso iría el busto diademado del rey) (Zahle, 1990, p.127; Aldea Celada 2013, pp.24-25). Este tipo inaugurado por Antíoco I, se mantendrá, al menos, hasta Antíoco IV (sin contar las variantes introducidas por Seleuco II, donde Apolo aparece representado desnudo y de pie, apoyando su brazo izquierdo en el trípode y sosteniendo en la mano derecha una flecha). Antíoco IV *Epiphanés* (rey entre 175-164 a.C.) dará más preeminencia al tipo de Zeus *Niképhoros* introducido por Seleuco I. La explicación para el cambio no resulta clara, es posible, que se debiera a las mayores facilidades de sincretismo de esta divinidad (Aldea Celada, 2013, pp.25-29) (si se acepta el objetivo “helenizador” y “uniformizador” atribuido a este monarca); aunque, con lo que vamos a comentar a continuación, esta teoría no encajaría demasiado bien.

Ahora, la última cuestión que cabría discutir en este apartado es si existió o no alguna razón para que se diera especial preeminencia a Apolo como divinidad tutelar. La tesis de Erickson (2011, pp. 51-54), es que este dios permitiría que el mensaje fuera comprensible no solo para la población greco-macedonia; sino también para los “no-griegos” que habitaban el reino, a través del sincretismo entre Apolo y el babilónico Nabû.

¹⁴ Por otra parte, en la lista de sacerdotes de Seleucia en Pieria a la que antes nos hemos referido, Antíoco aparece mencionado como Antíoco Apolo *Sóter* (OGIS, 245).

¹⁵ Una interpretación relaciona la variación en el número de flechas con el número de hijos de la familia real que podrían tener acceso al trono (Aldea Celada, 2013, pp.24-25). En un principio (como comentamos en el apartado 2), Antíoco I, dentro de la política de continuidad, representaría el retrato idealizado de su padre; pero pronto lo reemplazaría por el suyo propio.

Nabû, fue primero una divinidad menor de Babilonia, cuya importancia creció con el tiempo hasta que termina por ser considerado como dios tutelar de los escribas y de la sabiduría e hijo del cabeza del panteón babilónico (Marduk). Paralelamente, su culto se difunde en Babilonia, Oeste de Mesopotamia y Este de Siria. Estos elementos son los que, para Erickson, permiten la asimilación con Apolo: su papel de dios del conocimiento y guardia de las *Tablas del Destino* se relacionaría con la facultad oracular del segundo, quien también era hijo del líder de su propio panteón. Además, este autor va más lejos, señalando que el atributo iconográfico de Nabû como patrono de los escribas (el estilo), podría haberse confundido/identificado con la flecha de Apolo; de manera, que estas representaciones en los tetradracmas, podrían representar a una u otra (o ambas divinidades): la interpretación dependería de la persona a la que llegase la moneda (Erickson, 2011, pp. 57-59).

Esta hipótesis de Kyle Erickson resulta muy interesante, en cuanto a la naturaleza de la dinastía y su relación con las poblaciones locales (ante las que ahora parece tener interés en legitimarse); ya que rompe con anteriores interpretaciones, que afirmaban que las acuñaciones iban dirigidas a los greco-macedonios de su territorio, porque los motivos iconográficos y la lengua de las inscripciones eran griegos. Lo que era un elemento más para justificar una relación “imperialista”, en el sentido de dominio de un grupo étnico sobre otro (Hadley, 1990, pp.127-128). Sin embargo, ya el propio Hadley, en consonancia con lo que luego formularía Erickson, era consciente de ese sincretismo en las representaciones de las monedas (que él veía, por ejemplo, en acuñaciones en las que se mantenía el patrón ático, pero se incluían motivos orientales como el dios Ba'al, la diosa Atagartis o el león, entre otros) (*Ibidem*, p.129).

No me extenderé más en la cuestión de elementos “greco-macedonios” y elementos “no griegos” en las monedas y su significado, dado que sobre ello se volverá cuando hablemos acerca del patronazgo real; sino que pasaremos a ocuparnos del siguiente aspecto de la Monarquía Selúcida: la impronta de lo militar.

3.2. El monarca Selúcida: líder militar y conquistador victorioso

“Se podría llamar con justicia grande de espíritu al jefe que hace latir al unísono el corazón de mil soldados; también se podría decir con justicia que es poderoso el brazo del caudillo que avanza con mil brazos dispuestos a

ejecutar sus órdenes; y es en verdad un grande hombre aquel que puede realizar grandes hazañas (...) en virtud de su personalidad”

(Xen., *Oec.* 21.5.8., trad. Gil, 1967)

Como evidencia este fragmento, la guerra y el liderazgo militar va a ser un elemento clave en la legitimación de las nuevas monarquías helenísticas. En ello, van a confluír dos ideologías diversas: la griega, por un lado; y la oriental, por otro. Tanto en una como en otra, el aspecto bélico del monarca es crucial y parte de la virtud de la realeza: la bravura, el arrojo en la batalla, la participación en esta, el liderazgo personal del ejército, la victoria, etc.; son esenciales para que el rey pueda considerarse y ser aceptado como tal.

Este rasgo va a estar particularmente acentuado entre los Seléucidas, ya que como bien señala Austin (2003, p.134): “La Monarquía Seléucida es en primera instancia una monarquía militar”. De esta manera, desde su fundador, todos los reyes van a estar involucrados en guerras constantes, que son las que van a permitir la expansión y el mantenimiento del imperio. Así, por ejemplo, esta faceta de conquistador, la vemos en Seleuco I, quien tras recuperar Babilonia en el 312 a.C., marcha contra los sátrapas de Media y Susiana (Diod. 19.100.6) para hacerse luego con Hircania, Partia, Bactria-Sogdiana, Drangiana, Aracosia, etc., hasta llegar a la India y, volverse luego sobre los territorios más occidentales (Norte de Siria, Norte de Mesopotamia, Armenia, Sur de Capadocia...) y, una vez vencido Lisímaco, reclamar los territorios de este (Tracia, área del Danubio e, incluso Macedonia) (Sherwin-White y Kuhrt, 1993, pp. 12-22). También, esta misma faceta, por no citar las acciones de todos y cada uno de los reyes seléucidas, se encuentra muy clara en el modelo por excelencia de monarca guerrero: Antíoco III *Mégas* (que reinó entre ca.223-187 a.C.). Antíoco III se vería envuelto desde su ascenso al poder en una actividad bélica constante: sublevaciones de Aqueo y Molón, Cuarta y Quinta Guerras Sirias contra los Lágidas, la expedición o *Anábasis* hacia Oriente, el enfrentamiento con Roma, etc.¹⁶.

Todas estas guerras y expediciones de conquista van a resultar vitales a la hora de la legitimación real, para empezar, por una noción que subyace en todas las monarquías helenísticas, las cuales conciben su territorio como *doriktétos chóra*; esto es, “territorio ganado por la lanza” (Eckstein, 2009, pp.248-249). La imposición por la fuerza de las

¹⁶ Holleaux, 1975, pp 199-239; Bar-Kochva, 1976, pp.128-173; Tarn 1978, pp.723-731; Sherwin-White y Kuhrt, 1993, pp.117-197.

armas es la que da el derecho a gobernar. Esta concepción es la que estaría detrás de la reclamación de Antíoco III del área de Asia Menor y Tracia, territorio, según él, Seléucida, tras ser tomado por la fuerza por Seleuco I (Plb. 5.67).

Por otra parte, era necesario que el monarca dirigiera personalmente las tropas hacia la victoria, pues era lo que en primer término justificaba su ascenso a la realeza y la toma de la diadema real. Este elemento fue particularmente importante en el momento de la adopción del título de *basiléus* por parte fundador de la dinastía (como en el resto de los Diádocos) y, puede vincularse también, con la imagen del rey como protector de su gente, como salvador: *sóter* (Grant, 1982, p.93; Lund, 1992, pp.157-158; Austin, 2001, p.91). Que el rey tenía que ser comandante de sus propias tropas en batalla, es algo que los Seléucidas no tardan en interiorizar, conscientes del importante papel a la hora de legitimarse. Pruebas de esta participación podrían ser: la mención de que Antíoco I fue herido gravemente en combate (OGIS, 220); la referencia a que Antíoco III perdió varios dientes durante la batalla de Bactria (Plb. 10. 49.14) o; mucho más evidente, el hecho de que diez de catorce monarcas seléucidas murieran combatiendo (Bickerman, 1983, p.10; Baker 2003, pp.374-375). A pesar de todo, el riesgo merecía la pena o, más bien, era necesario: fueron las rápidas victorias militares las que permitieron a Seleuco encumbrarse como rey y recibir el sobrenombre de *Nicátor* (otros reyes Seléucidas también recibirán epítetos similares: *Mégas*, *Sóter* o *Calínico*) (*Ídem*)¹⁷. Asimismo, fue la valía demostrada en sucesivas victorias, la que hizo que el joven Antíoco III obtuviera el apoyo de las tropas que antes seguían al rebelde Molón (Plb. 5.51-54). Esta imagen del rey como vencedor se difundirá gracias a la numismática, destacando las acuñaciones de Seleuco I con los motivos en el reverso de Niké, Zeus *Niképhoros* o los elefantes, tipos que se desarrollan, en particular, tras la victoria en Ipsos (301 a.C.).

Relacionado con el papel del monarca como victorioso, estaría la siguiente descripción laudatoria de Apiano sobre la fortaleza física de Seleuco:

“Era Seleuco tan fuerte y corpulento de cuerpo, que cuando en cierta ocasión, durante un sacrificio a Alejandro, un toro salvaje se soltó de las

¹⁷ Pero, frente a esta posición predominante entre los historiadores del periodo, Bosworth (2002, p.247), insiste en que se enfatiza demasiado la importancia de la victoria a la hora de mantener la lealtad de sus tropas y *phíloi* y, añade, que hay reyes cuyos éxitos son bastante exiguos, a pesar de lo cual mantienen los apoyos; mientras que otros que sí lo tienen, terminan casi expulsados por sus súbditos.

ataduras, le hizo frente él solo y lo mató únicamente con las manos, y en recuerdo de este hecho, acostumbran a adornar con cuernos sus estatuas¹⁸”

(App., Syr. 57, ll. 9-15)

Este relato podría ponerse en relación con otro tipo iconográfico, representado también en tetradracmas acuñados por el mismo monarca (con referencias a la victoria en los reversos), que es el del retrato de Seleuco con los cuernos y oreja de toro.

Un rey débil, un rey no victorioso, era una contradicción de los términos y, por tanto, podría ver amenazada su propia persona (esto es lo que ocurriría a Seleuco III, que tras una serie de expediciones fracasadas contra Átalo I de Pérgamo y en Frigia después, termina, supuestamente, envenenado por sus propios oficiales, viendo que el rey no les podría reportar ni botín ni gloria (Davis y Kraay, 1973, p.194)). Este ejemplo, hace patente, que la noción de victoria se asocia al concepto de riqueza; ya que la guerra era una buena manera de obtener botín y nuevos territorios, que contribuyeran, mediante impuestos, a sostener las arcas reales. El rey tiene que ser rico o, al menos, demostrarlo (cítese la gran procesión celebrada en Dafne, ca. 166, de mano de Antíoco IV y financiada con el botín de la expedición a Egipto (Plb. 30.25-26)), para poder pagar a sus mercenarios y recompensar a sus más fieles servidores (Austin, 1986, pp.459-460).

El apoyo de las tropas al monarca era vital, pues en gran medida, el poder del rey helenístico descansaba en el ejército (Lévêque, 2005, p.60); el cual, para el caso Seléucida, (si nos basamos en las afirmaciones hechas por Bar-Kochva en su ya clásico estudio (1976, p.1)), era superior cuantitativa y cualitativamente al de sus rivales helenísticos. La fórmula: “El rey, sus *phíloi* y sus fuerzas militares”, recoge muy bien esta idea del papel de primer orden que desempeñarían los ejércitos dentro las nuevas monarquías (Sherwin-White y Kuhrt, 1993, p.59).

Pero, ¿cuál era su composición? Sin detenernos en precisar cada una de las unidades (porque tampoco es interés primario de este ensayo), es necesario mencionar, que el corazón del ejército seléucida estaría compuesto por macedonios (o greco-macedonios), como la falange, a la que también se refieren los antiguos como “los macedonios” (Bar-Kochva, 1976, p. 56). Por otra parte, dos divisiones resultan

¹⁸ A este pasaje haremos referencia indirecta de nuevo en el apartado siguiente, al tratar de cómo el monarca se presenta como patrono ante los griegos y los “no-griegos”.

especialmente representativos de la presentación del poder real: una, sería la de los *Argyraspides* (*Escudos de Plata*) y; otra, el cuerpo de elefantes. Ambos harían reminiscencia a la figura de Alejandro (especialmente el primero); aunque el segundo, sería un elemento más bien de creación de “identidad”. Si por algo se van a caracterizar los ejércitos seléucidas, aún más que los de los Lágidas, es por la presencia de estos paquidermos; no olvidemos, que uno de los tipos característicos en las acuñaciones era precisamente este (como hemos visto un poco más arriba) (Bar-Kochva, 1976, pp.75-80). Si nos atenemos a las cifras dadas por Polibio (5.79.13), en la batalla de Rafia, Antíoco III dispuso de 102 de estos animales¹⁹. En cuanto a los *Argyraspides*, habrían sido originalmente un cuerpo de élite de 3.000 veteranos (ninguno de los cuales sería más joven de 60 años (Diod. 19.41.2; Plut. *Eum.* 16.4)), creado a partir de los *Hypapistas* de Alejandro Magno en su campaña a la India (Just. 17.7.4-5). En los años que siguieron a la muerte de este, los *Argyraspides* participarían activamente en los conflictos militares entre los Diádocos, hasta que Antígono, por temor a su carácter subversivo, ajusticiaría a sus líderes y, supuestamente, enviaría al resto a una de las satrapías orientales más conflictivas (Aracosia), con el fin de que no regresaran jamás (Baynham, 2013, pp.110-120). No sería del todo extraño, que estos hombres se hubieran terminado pasando al bando Seléucida y conservado su identidad original; aunque lo más probable, es que este cuerpo fuera creado precisamente para dotar a la monarquía de otro elemento más de legitimidad: los soldados más bravos e invencibles de Alejandro combatían ahora a las órdenes seléucidas.

El último aspecto que me gustaría resaltar en este apartado, es el de la imagen del rey como salvador y protector (*sóter*²⁰) de sus súbditos ante la amenaza de los “bárbaros”, cuyo exponente más representativo durante esta época serán los “celtas” o “gálatas”²¹

¹⁹De hecho, al margen o no de su efectividad, su importancia en batalla para los Seléucidas debió de ser tan grande, que una de las condiciones romanas tras la Paz de Apamea, sería precisamente la disolución de este cuerpo de elefantes (Liv. 38.8; App., *Syr.* 38-9; Plb. 15.18.3).

²⁰ El epíteto *sóter* implica una doble connotación: militar, por un lado; y religiosa, por otro. La segunda resulta especialmente interesante para los monarcas helenísticos, pues les acerca, en parte, a la divinidad (Lund, 1992, pp. 158-161).

²¹ Los términos “celtas” y “gálatas” son empleados aleatoriamente por los autores antiguos; aunque para éste ensayo el segundo será empleado preferiblemente para hacer referencia a los celtas asentados en Asia Menor.

(Chapman, 1992, pp. 165-182). Los autores antiguos no van a dudar en presentarlos como “salvajes”, atribuyéndoles toda una serie de comportamientos antinaturales (tales como el canibalismo o el incesto (Austin, 2001, p.46)). Sin embargo, estas descripciones habría que situarlas en un contexto de “creación” o “construcción” generado, en parte, por el impacto psicológico que causó en los griegos la invasión de Grecia y el saqueo de Delfos por los celtas en el siglo III a.C. (que se vio como un ataque a la civilización helénica²²) y, también, por el interés de los monarcas helenísticos en presentarse en su papel de protectores.

Desde su inicio, la “crisis celta” en Grecia no duraría más de un año (Strootman, 2005, pp.104-109), pero el retiro de las hordas invasoras del continente no supondría el final de la amenaza. En el invierno del 278-277 a.C., tres tribus celtas cruzaron el Bósforo y el Helesponto hacia los territorios helenísticos de Asia Menor (Mitchell, 2003, pp.280-284), pactando con el rey Nicomedes I de Bitinia, quien pronto se vio incapaz de controlar a sus nuevos mercenarios (Bouché- Leclercq, 1975, pp. 59-65; Berresford, 1997, p.113).

Pese a lo señalado hasta el momento y, como ya anticipáramos, la aparición en escena de los celtas no va a resultar del todo negativa; al menos para las realezas helenísticas, que van a ver la oportunidad de instrumentalizar la amenaza que estos suponían para las ciudades griegas y el resto del territorio (forzados a pagar un impuesto anual o *galatiká* a cambio de no ser atacados (Berresford, 1997, p.115)), a favor de su legitimación. La victoria en batalla contra los gálatas va a ser explotada en aras de mostrar al rey como “salvador y libertador de los griegos” y, por tanto, con derecho a gobernar (Strootman, 2005, pp.101-102; Mitchell, 2003, p.184). La conocida victoria en la “Batalla de los Elefantes” (275 a.C.) le permitió a Antíoco I tomar el título de *sóter*:

“Después de la muerte de Seleuco, el reino de Siria pasó, en sucesión, de padres a hijos tal como sigue: el primero fue Antíoco (...) que (...) recibió el sobrenombre de *Sóter*, por haber expulsado a los gálatas que habían invadido Asia desde Europa”

(App., Syr. 67, ll.1-6)

²² Sobre la base de las fuentes disponibles, Strootman (2005, p.106), afirma, que en el 280 a.C., tres importantes ejércitos celtas invadieron el territorio macedonio (desde el que avanzaron hacia el sur) y, que en total, se desplazarían unas 300.000 personas.

Sin embargo, como algunos autores ya apuntaran (Bevan, 1966a, pp.143-144), el verdadero triunfo serviría más a la legitimación y a reducir el número de *razias*, que a otra cosa; la amenaza gálata no estaría, ni mucho menos, controlada. Los celtas seguirían siendo un peligro tanto para las pequeñas ciudades, como para los propios reyes seléucidas. Estos últimos tendrían que seguir pagando la famosa *galatiká*, como evidencia el siguiente fragmento de Tito Livio: “Y era tal el terror que inspiraba su nombre, pues además, al ser tan prolíficos, su número iba en aumento, que al final ni siquiera los reyes de Siria se negaron a pagar el tributo” (Liv. 38.16.13-14, trad. Villar Vidal, 1993).

Hemos señalado hasta aquí, que la llegada de los gálatas a Asia Menor supuso la entrada de una nueva amenaza para las ciudades griegas y para los reinos helenísticos, a la vez que la de un nuevo mecanismo por el que las monarquías podrían legitimarse. Pero, ¿hasta qué punto esa imagen del rey enfrentado al bárbaro fue real? A pesar de toda la maquinaria propagandística, mercenarios celtas (provenientes bien de Galatia, su nuevo territorio en Asia Menor, o de regiones centroeuropeas), estuvieron presentes en todos los ejércitos reales (incluidos los Seléucidas). Por ejemplo, parte de la caballería de los Lágidas que venció a las tropas de Antíoco III en la batalla de Rafia, eran celtas; como también lo eran algunos de los mercenarios reclutados en Europa de su contrincante (Berresford, 1997, pp.91-107). Igualmente, en la guerra fratricida entre Seleuco II Calínico y Antíoco Hiérax, el segundo pactó con los gálatas para enfrentarse a su hermano y, posteriormente, a Átalo I de Pérgamo (Davis y Kraay, 1973, p.193).

Para cerrar este apartado, y pasar a tratar otros instrumentos de legitimación, querría añadir unas palabras de Mitchel (2003, p. 289), que en mi opinión, resumen a la perfección el papel real que jugaron los celtas en las monarquías helenísticas, como la que nos ocupa: “Las acciones de los gálatas no hay que verlas como meras guerras o *razias* llevadas a cabo por ellos mismos solos, sino que son jugadores subordinados en contexto de luchas entre los reyes helenísticos”.

4. Elementos greco-macedonios y locales en la presentación de la Monarquía Seléucida

Bajo esta titulación genérica, se pretende englobar el resto de instrumentos y mecanismos que los monarcas seléucidas emplearon para legitimar su poder, bien ante las poblaciones “griegas” o “greco-macedonias” (dentro o fuera de su reino), bien ante

los “no-griegos”. Como iremos observando, los reyes, aun sirviéndose (en ocasiones) de algunos elementos comunes, adaptarán y variarán el lenguaje legitimador en función del público al que dirijan su mensaje.

4.1. *Euergétes*: el rey como patrono y benefactor

En el segundo apartado de este ensayo, habíamos comentado, que sobre todo desde el siglo IV a.C., se había ido desarrollando una ideología de la realeza y configurando el modelo de una *areté* real, donde se definían las virtudes que debía ostentar el buen gobernante. Entre todas ellas, aparte de las que ya hemos mencionado, cabría destacar la de la *euergesía*, que como veremos, será un instrumento de legitimación empleado no solo con los griegos, sino también con las poblaciones locales.

4.1.1. Las *pólis* y el monarca

Philippe Gauthier, pone de manifiesto cómo en algunas de estas formulaciones y reflexiones griegas sobre la naturaleza de la realeza, por ejemplo, en las del propio Aristóteles (*Polit.* 3.1286b, 5.1310b), se presentaba al “buen rey” (o el rey a secas) como opuesto al tirano en su papel de benefactor; pues la actitud de cometer grandes concesiones, era la que revelaba la naturaleza real de un individuo (Gauthier, 1985, pp.39-40).

La figura del *euergétes* no era desconocida en Grecia antes del periodo que nos ocupa, de manera que los reyes no van a ser más que una nueva categoría. Pero una categoría especial, a la que no basta con otorgar los mismos privilegios que se habían venido dando a los ciudadanos benefactores; sino que han de ser correspondidos con los mayores honores (*mégistai timái*) (Ibídem, pp. 42- 45)²³. Los monarcas pasan a ser los benefactores por excelencia de las ciudades griegas (posición y honores por los que los que competirán unos contra otros), mostrando su *euergesía* de formas diversas: dando dinero o alimento; construyendo templos, teatros y otros edificios públicos; preservando y restaurando la paz; la libertad o la democracia; garantizando derechos (como la

²³ Este último aspecto lo desarrollaremos al hablar de la recepción de la imagen real.

posesión de la tierra) o privilegios, (como la *asylía* o la *atéleia*); etc. (Bringmann, 1994, p.9)²⁴.

Reyes y ciudades van a estar interesados en las relaciones de *euergesía*, ya que estas aportaban beneficios a ambas partes: por un lado, el rey se legitimaba como “libertador de los griegos” (Seager, 1981, pp.106-112) y recibía, además, toda una serie de honores y reconocimientos; y por otro, las ciudades griegas se hacían con diversas donaciones y privilegios. Podría decirse que se trataba de un juego simbólico y compartido de reciprocidad.

Una de las concesiones más recurrentes por parte de los monarcas a las *pólis*, fue la de considerarlas “libres y autónomas”, dando por esta vía muestra patente de respetar la libertad de tales comunidades. Parece paradójico el empleo de tales términos (*autonomía* y *eleuthería*), cuando muchas de las ciudades se encontraban bajo la órbita o el dominio de los reinos helenísticos; pero (y sin profundizar demasiado en la cuestión), hay que tener en cuenta, que a lo largo del siglo IV a.C., se habrían ido produciendo toda una serie de formulaciones y matizaciones en la terminología que permitían que se mantuviera la ficción de la libertad y autonomía plenas, en compatibilidad, por ejemplo, con el pago de tributos o la dependencia en la política exterior (Ma, 2003, pp.175-179).

Para el caso de los Seléucidas, tenemos bastantes evidencias que servirían para ilustrar estas relaciones de *euergesía*; eminentemente decretos o cartas reales dirigidas a diferentes *pólis*. Debido a que la extensión del ensayo no lo permite, simplemente me limitaré a mencionar algunos de estos:

Un ejemplo, podría ser la misiva dirigida por Antíoco I o II a Eritrea, a la que se le otorgaba el privilegio de *atéleia* o exención de tasas:

“El rey Antioco [I ó II] saluda a la *boulé* y al pueblo de Eritrea (...) Después de que por Tarsuno, Pytes y Botas quedó patente, que durante los reinados de Alejandro y Antígono, vuestra ciudad permaneció autónoma y libre de

²⁴ Gauthier añade, que desde el siglo II a.C., la *euergesía* real comienza a decaer paulatinamente y, que a partir de ese momento, serán los altos funcionarios y ciudadanos ricos los que tomen el relevo como principales benefactores de las ciudades, y como tales serán honrados (1985, pp.53-56).

tributo...os conservaremos la autonomía y la exención no sólo de todos los tributos, sino de todas las contribuciones a la *galatiká* (...)”

(Austin, 1981, pp. 303-304, nº183; *OGIS*, 227; Welles 1996, pp.78-85, nº 15; Shipley, 2000 p.102)

O la carta de Seleuco I y Antíoco I (conservada de manera fragmentaria), dirigida a un oficial, en la que se insta a cumplir la petición hecha por parte del santuario de Plutón y Core (Nisa, Caria), de ser libres de tasas y de contar con el derecho de *asylía*:

“El rey Seleuco y Antioco [saludan a]Sopairo/Los atimbranos [nos envían] en representación a Yatrodos, Artemidoro y Timoteo sobre el tema de los privilegios de poder recibir suplicantes, el derecho de asilo y la exención de tributos. Te hemos escrito para que les favorezcas lo más posible. Pues preferimos siempre agradar a los ciudadanos de las ciudades griegas, haciendo beneficios y no menos contribuir a aumentar piadosamente [las honras] de los dioses para obtener siempre su favor con nosotros”

(*SIG*², 467; Welles 1996, pp. 54-59, nº9 ; Shimpley 2000, p. 103; Erickson 2009, p.87)

En el siguiente documento, datado *ca.* 204/203 a.C., Teos, reconoce a Antíoco como “común benefactor de los griegos” y de su propia *pólis* y dispone una serie de honores para este, en respuesta a los beneficios que él anteriormente había otorgado a la ciudad.

"(...) Desde que el Rey] Antíoco (III) (...) vio que estábamos exhaustos (...) debido a las continuas guerras y la gran carga de las contribuciones que estábamos soportando (...) concedió a nuestra ciudad y territorio (ser) sagrada, inviolable y libre de tributos y se comprometió a liberarnos de las otras tasas que pagamos al rey Atalo (I), / de modo que por mejorar la fortuna de la ciudad, recibiría el título no solo de benefactor del pueblo, sino de su salvador (...) "

(Austin, 1981, pp. 253-254, nº 151; Shipley 2000, p.106)

Autores como Bevan (1966b, pp.148-149), Tcherikover (1961, p.178), Politt (1989, pp.446-447) o Walbank (1999, pp.119-130), al examinar los testimonios de autores antiguos como Livio (61.20.5) o Polibio (26.10.11), llamarían la atención sobre la “otra cara” de Antíoco IV (normalmente valorado negativamente por su papel en el

conflicto judío). Sin embargo, este fue exaltado por su generosidad para con los griegos, pues entre otras cosas: daría dinero para la reconstrucción de las murallas de Megalópolis, haría erigir un teatro de mármol en Tegea, contribuiría en las labores de finalización templo de Zeus Olímpico en Atenas y donaría también a esta ciudad la imagen de la Gorgona sobre una égida de oro (que se situaría en el muro sur de la acrópolis)²⁵, elevaría estatuas en Delos, regalaría una cortina de bordado oriental a Olimpia u organizaría una descomunal procesión en su propio territorio (Dafne).

Las reinas seléucidas también van a actuar como benefactoras de las ciudades griegas, pero su participación se ha tendido a interpretar como complementaria a las realizaciones de sus esposos y desde una perspectiva de género. Esto es, la función de las donaciones de las mujeres reales sería, por un lado, mostrar la imagen de solidaridad familiar (al presentarse como continuadoras de las obras de sus maridos o junto a su descendencia) y; por otra, ser espejo de las virtudes domésticas atribuidas a su sexo. En este sentido, su papel como benefactoras estaría enfocado principalmente a actuaciones a favor del matrimonio y de mediación entre los griegos y el monarca (Mirón Pérez 2011, pp.243-275; Müller 2013, pp.199-214).

Un ejemplo podría ser el siguiente fragmento, que formaría parte de un decreto en el que los habitantes de Mileto conceden a Apama, la primera esposa de Seleuco, una serie de honores por su anterior papel como benefactora de la ciudad (a lo que se hace referencia en el mismo documento²⁶:

²⁵ De las donaciones de Antíoco IV y otros Seléucidas a Atenas sabemos también gracias a una inscripción (IG II², 937), de época de Antíoco VII *Sidetes*, en la que se hace mención a una serie de beneficios y regalos lujosos que los ancestros de este rey habrían dado a la ciudad (Tracy, 1988, pp. 383-387).

²⁶ Este decreto podría vincularse con un aspecto que comentamos en el apartado 3, que es la relación especial que mantuvieron, desde los primeros momentos, los Seléucidas con la ciudad de Mileto (que controlaba el santuario de Dídima). En este caso, señalamos, que el papel benefactor de los monarcas, muy probablemente, fue correspondido con una serie de oráculos y leyendas que favorecieron la sanción religiosa de la dinastía. Por otra parte, los Seléucidas, como ejemplificaremos con el caso de Antíoco IV, además de a Dídima, hicieron donaciones a otros santuarios del mundo heleno; lo cual les permitía no solo mostrar su virtud *euergetai*, sino también mostrar al rey como paradigma de la *eusebeia* o piedad hacia los dioses.

"(...) Desde que la reina Apama mostrara de manera previa su buena voluntad y [celo] hacia los milesios (...), ella [ha mostrado] una devoción no ordinaria para la construcción del templo de [Apolo] en [Dídima] (...)

(Austin, 2006, pp. 108-109, nº51; Müller 2013, p.208)

También es muy conocido el siguiente texto, una carta de la reina Laódice III a Iasos (ca. 195 a.C.), en la que dispone la donación de grano a esta ciudad, destinado a financiar a las hijas de los ciudadanos más necesitados:

"La reina Laódice al consejo y al pueblo de Iasos, saludos. Habiendo escuchado a menudo a mi hermano la ayuda urgente, que de manera continua, despliega hacia sus amigos y aliados²⁷, y que después de recuperar vuestra ciudad cómo esta ha sufrido calamidades inesperadas (...) y siendo mi propia intención conferir ciertos beneficios a los pobres de entre los ciudadanos (...), he escrito a Strouthion (...) para que envíe a la ciudad mil *medimnos* áticos de trigo al año durante diez años (...) que debe vender a un precio fijado y (...) repartir los ingresos del trigo entre las dotes de las hijas de los ciudadanos pobres. Si permanecéis comportándoos de manera correcta hacia mi hermano y, hacia nuestra casa y si recordáis con gratitud los beneficios con los que ha cumplido, trataré de procuraros otros favores (...)”²⁸

4.1.2. El monarca como benefactor de los templos y cultos locales “no-griegos”

Como hemos matizado al inicio de este apartado, la *euergesía* de los Seléucidas no se dirigió únicamente hacia las poblaciones griegas; sino que también tuvo muy en cuenta al resto de habitantes de su vasto imperio, algo fundamental si pretendían ser aceptados como gobernadores legítimos y mantener la cohesión de los territorios.

La información que tenemos al respecto proviene, fundamentalmente, de fuentes “no-griegas” (inscripciones en acadio, literatura mesopotámica, textos rituales, crónicas

²⁷ Estas líneas son el mejor ejemplo de que las donaciones reales no eran gratuitas ni desinteresadas, sino que se esperaba algo a cambio: en este caso, hacerse con nuevos aliados.

²⁸ Austin, 1981, pp. 260-261, nº 156; SEG 26, 1226; Shipley 2000, p.108; Ramsey 2011, pp. 512-513.

babilónicas o los denominados *Diarios Astronómicos*²⁹, entre otras) lo que conllevó, que en principio, fueran ignoradas y, como consecuencia, que se afirmara que los Seléucidas no habían tenido ningún interés por participar de las tradiciones locales (Kuhrt, 1996, pp.41-43). Sin embargo, en las últimas décadas, esta cuestión ha sido revisada, sobre todo, por Susan Sherwin-White y Amélie Kuhrt, en varias de sus publicaciones (a las que iremos haciendo referencia al desarrollar la cuestión) y; más recientemente, por Kyle Erickson (en una serie de artículos que también mencionaremos).

Antes de entrar a revisar las principales evidencias de la intervención y participación de los monarcas en los templos y en los cultos locales, me gustaría llamar la atención sobre un aspecto que ya hemos comentado: la ambigüedad de las representaciones iconográficas en las monedas, que analizamos a partir del caso de Apolo-Nabû (Erickson, 2011, pp. 51-66). Además de este ejemplo, el mismo autor, ha puesto en relación otras acuñaciones seléucidas, en las que aparecen tipos como el toro o el rey con los atributos de este animal, con la idea de divinidad en el Próximo Oriente y también en la región irania, donde Azhura Mazda es representado con elementos taurinos (Erickson, 2009, pp.68-70). Por ejemplo, los tetradracmas acuñados por Seleuco I con la figura en el reverso del jinete con yelmo con cuernos y lanza, se han interpretado en este sentido (a lo que se une el hecho, de que la indumentaria del individuo representado, es una mezcla entre la macedonia y la persa (Erickson, 2013, pp. 120-121).

Dicho esto, podemos pasar ya a hablar, aunque de manera breve, de las evidencias de participación monárquica en estos cultos y rituales “no-griegos” (casi todas provenientes del área de Babilonia). Entre todas ellas, cabría destacar: el conocido como *Cilindro de Borsippa*, hallado en Borsippa (en el complejo de Ezida, dedicado al dios Nabû) y los relatos sobre la participación de Seleuco III y Antíoco III en el festival de Akitu.

Comenzando por la primera, se trata de un cilindro fundacional, escrito en lengua acadia con signos cuneiformes (al modelo tradicional mesopotámico), que hace referencia a Antíoco I en la reconstrucción (o “refundación”) de dicho templo y en el ritual de

²⁹ Los *Diarios Astronómicos* recogen una serie de observaciones y datos diarios relativos al movimiento de los planetas, de la Luna, de los solsticios y equinoccios, de los cometas, del nivel de las aguas de los ríos, de incendios y otros desastres, de la fluctuación de los precios, etc. Fueron compilados desde el siglo VIII a.C. (Kuhrt, 1996, pp. 42-43).

colocación de “la primera piedra” (y su intervención en Esagila, en Babilonia)³⁰. Asimismo, destaca el hecho de que la titulatura con la que se presenta al monarca (y la fórmula de todo el documento), sea propiamente babilónica (excepto el apelativo de “macedonio”) (Kuhrt y Sherwin-White, 1991, pp.71-86; Erickson, 2011, pp.55-56)

"Antíoco, el gran rey, el poderoso / legítimo rey, rey del mundo, rey de Babilonia (...), guardián de Esagila y Ezida, el primer hijo de Seleuco, el Rey, el Macedonio, el rey de Babilonia, soy yo.

Cuando tomé la decisión de construir Esagila y Ezida, moldeé los ladrillos para Esagila y Ezila con mis manos puras (...) y los traje para la colocación de los cimientos de Esagila y Ezida. En el mes de *Addaru*, el veinteavo día, en el año 43, yo realicé la fundación de Ezida, el verdadero templo, la casa de Nabû, que está en Borsippa.

(Oh) Nabû, noble hijo, sabio entre los dioses, el orgullo, digno de alabanza, el más noble hijo de Marduk, descendiente de Erua, la reina, que formó a la humanidad, observa(me) jubilosamente y, a tu noble mando que es eterno, haz posible el derrocamiento de los países de mis enemigos, el logro de mis deseos de batalla contra mis enemigos, victorias permanentes (...), un reino feliz, años de alegría, hijos en abundancia, que sea (tu) regalo para el reinado de Antíoco y Seleuco, el rey, su hijo, para siempre.

Príncipe Nabû (...) que mi buena fortuna esté en tu boca pura, haz que pueda conquistar los países desde donde amanece a donde se pone el Sol, haz que pueda recoger su tributo con mis manos y llevar(lo) para (...) Esagila y Ezida.

(Oh) Nabû, el primer hijo, cuando entras Ezida, la verdadera casa, haz favor a Antíoco, rey de las tierras, (y) favor a Seleuco, el rey, su hijo (y) Estratónice, su consorte, la reina, estén en tu boca".

(Trad. Kuhrt y Sherwin-White, 1991, pp. 75-76)

La segunda evidencia que hemos señalado, sería la participación de Seleuco III en el festival babilónico de *Akitu* o del Año Nuevo. La fuente que nos recoge

³⁰ Ya habíamos comentado a lo largo de este ensayo, que en la ideología oriental de la realeza, era vital el papel del monarca como constructor o reconstructor de edificios públicos.

tal hecho sería el fragmento 13b de la *Crónica Babilónica* (al que volveremos a hacer referencia más adelante al hablar de la recepción de la imagen del monarca). Este fragmento se data a finales del siglo III a.C. y muestra al rey realizando una serie de ofrendas a las divinidades babilónicas:

"El año 88 de Seleuco, el Rey: en el mes de *Nisan*, en ese mismo mes, el octavo día, en Babilonia, el *shatammu* de Esagil, / estableció, según el mandato del Rey, precisamente de conformidad con la carta de pergamino que el Rey había mandado antes, que [la ofren]da de Esagil / [N] monedas de plata de la casa del Rey, de su propia casa, once gruesos bueyes, cien gruesas ovejas, / once gruesos patos para la ofrenda, en Esagil / a Bel (Señor), Beltia (Señora), y a los grandes dioses (...)"

(Trad. Sherwin-White, 1983, p.156)

Finalmente, la tercera noticia, sería la relativa a Antíoco III participando en el mismo festival, que incluía un ritual de humillación (Ristvet 2014, pp.1-8), al final del cual este sería recompensado con uno de los tesoros que el templo de Esagila custodiaba: las vestimentas del rey Nabuconodonosor II, el gran rey de Babilonia (Ma, 2003, p.177).

En resumen, los tres testimonios que hemos señalado, evidencian lo siguiente: los Seléucidas tratan de presentarse como sucesores de la dinastía real babilónica y, para ello, asumen sus mismos derechos y obligaciones.

Por último, fuera del ámbito babilónico, sería interesante señalar el siguiente edicto incluido en la obra de Flavio Josefo, que hace relación a la intención de Antíoco III de reconstruir y reparar el Templo y la ciudad de los judíos, así como de mantener su propia legislación:

"(...)Dado que los judíos no sólo en el instante mismo que invadimos su país mostraron su aprecio por nosotros, sino que también (...)nos recibieron espléndidamente (...), hemos considerado justo corresponderles (...) y, así, restaurar su ciudad (...) y contribuir a su repoblamiento (...) En este sentido hemos decidido, en primer lugar, en razón de su piedad, entregarles en concepto de aportación para la compra de ganado destinado a los sacrificios así como de vino, aceite e incienso, monedas de plata (...) y asimismo, varias fanegas sagradas de harina fina de acuerdo con sus normas patrias (...). Quiero que estas cosas les sean aportadas a ellos y que sea llevada a cabo la

obra del Templo tanto en lo que concierne a los pórticos como a cualquier otra cosa que sea menester reconstruir (...) Y todos los de esta nación se regirán en sus relaciones ciudadanas por las leyes de sus antepasados (...)”

(Jos. A.J. 12.144, trad. José Vara Donado, 1997)

4.1.3. El patronazgo real en la corte

La legitimación del rey como benefactor es también visible en el ámbito cortesano. Aunque parece que el impulso real en este campo no tuvo tanto desarrollo como el que tendría con los Lágidas o Atálidas, sí que tenemos alguna noticia aislada de personajes vinculados estrechamente al mundo de la cultura, cuya actividad se desarrollaría bajo la protección de los Seléucidas. Así, sabemos de un tal Simónides de Magnesia (que escribiría un poema conmemorando la victoria de Antíoco I sobre los gálatas), de Arato de Solos (invitado a la Corte de Antíoco I para realizar una edición de la *Ilíada*), de Megástenes (cuya obra, *Indika*, fue resultado de su misión en la corte de Chandragupta durante el reinado de Seleuco I, sirviendo como base para el relato sobre la India de Arriano), Demodamas de Mileto (*phílos* de Seleuco I y Antíoco I, que escribió un relato sobre sus exploraciones en lejano Oriente y que sería mencionado por muchos autores antiguos posteriores), del babilonio Beroso (que produjo en griego su obra sobre la historia de Babilonia, que dedicó a Antíoco I y del que volveremos a hablar cuando tratemos la cuestión de la recepción de la imagen de la monarquía), etc.

En el campo de la medicina de corte (cuyos miembros tenían un papel muy relevante, al estar muchas veces en sus manos la vida del rey), destacan: Erasitrato de Ceos, Herófilo de Calcedonia, Metrodoro de Anfípolis y Apolófanes de Seleucia en Pieria, entre otros. Sin embargo, no hay noticias de que hubiera una escuela de médicos ni, si de haberla, habría contado con el patronazgo del monarca.

En cuanto a las escuelas filosóficas, en Atenas, se mantendrían gracias al apoyo de la iniciativa privada, pero no se beneficiarían del patronazgo real. Es más, sabemos que un Antíoco habría dado orden de la expulsión inmediata de los filósofos de su territorio, así como la de los hombres encontrados en su compañía y sus padres. En el siglo II a.C., las tornas parecen cambiar y tenemos evidencias de conexión entre los gobernantes seléucidas y los filósofos, como se manifiesta en la figura de Filónides de Laodicea (filósofo epicúreo y matemático) y sus dos hijos, que tendrían gran influencia en la época de Seleuco y Antíoco IV (Austin, 2011, pp. 95-101).

Por otra parte, el papel del rey como benefactor en el ámbito cortesano queda bien expresado en las relaciones con sus *phíloi* (de su papel en la legitimación real se hablará en el siguiente punto), cuya relación (y lealtad), se basaba precisamente en que los monarcas fueran capaces de recompensar su labor con los beneficios adecuados (Lund, 1992, pp. 179-182). Si no lo hacían, era posible que el *phílos* en cuestión le retirara su apoyo o, incluso, que se pasara al bando enemigo, como ocurrió con el gobernador del sur de Siria instaurado pro Ptolomeo IV, quien no creyéndose recompensado justamente, pasó a servir a las órdenes de Antíoco III (Strootman, 2011, p.78). La *euergesía* real en la corte podía manifestarse también mediante la celebración del *basilikón sympósion*, heredero de las prácticas griegas aristocráticas, macedónicas y persas, pero cuyas dimensiones y fastuosidad sobrepasarían por mucho a sus predecesores. Mediante el *sympósion*, el rey no solo mostraba su generosidad; sino su equidad o *epiekeía* (porque cada invitado debía de ser tratado de acuerdo a su estatus) y la idea del lujo o *tryphé*, que conectaría directamente con la idea de que el soberano helenístico tenía que ser rico (Gruen, 1996, pp.116-125; Murray, 1996, pp.15-27).

Hasta aquí llega nuestro análisis del patronazgo real, que como hemos visto, fue un instrumento clave en la legitimación de la Monarquía Seléucida (al igual que lo sería en el resto de las dinastías helenísticas). En el siguiente punto, nos ocuparemos de compilar y comentar someramente otros elementos y mecanismos que favorecieron la legitimación real: la asociación del hijo mayor al trono, la política onomástica, matrimonial y el culto centralizado al gobernante; la figura de los *phíloi* del monarca y las nuevas fundaciones.

4.2. Política, administración y control del territorio

4.2.1 Elementos de continuidad dinástica: corregencias, onomástica, política matrimonial y culto central al gobernante

Ciertos autores antiguos, entre ellos Apiano (Syr. 59-61) y Plutarco (*Demet.* 38), se sintieron fascinados por un acontecimiento que tuvo lugar durante el reinado del primero de los Seléucidas, que fue la renuncia por parte de este a su segunda esposa (Estratónice), para, acto seguido, entregársela en matrimonio a su hijo Antíoco, quien según la leyenda, se había enamorado perdidamente de su madrastra. Chismorreos aparte, este relato del que se hacen eco ambos clásicos, sin lugar a duda, habría sido creado con

un propósito legitimador. Es más, si se releen cuidadosamente los dos fragmentos citados, puede observarse, incluso, una “propaganda” a dos niveles: por una parte, la entrega de Estratónice al enamorado Antíoco y; por otra, el contenido del discurso de Seleuco I a sus tropas.

Comenzando por el primer nivel (el relato del romance, el descubrimiento de este por parte de Seleuco I y la decisión de renunciar a su esposa por su hijo), cabría decir, que tendría como objetivos fundamentales alterar un episodio que podría ser escandaloso para la mentalidad greco-macedonia y presentar a Seleuco como paradigma de la sabiduría política y de la generosidad (no solo no castiga, sino que compensa y gratifica a su hijo con la mano de Estratónice y con el control de la zona oriental de su imperio) (Breevant, 1967, p.161; Mastrocinque, 1983, p.13). De la misma manera, también se ponen de manifiesto la virtud de Antíoco, quien prefiere morir antes que cometer adulterio (Mastrocinque, 1983, p.13).

El segundo nivel, se inserta en el discurso a las tropas, en un momento, en que tras argumentas las diversas razones para su decisión, añade: “Lo que el rey hace está bien” (Breevant, 1967, pp.163-164); esta afirmación podríamos relacionarla con una de las características del monarca helenístico que mencionamos en el apartado 2: “el rey es ley viviente”.

De otro lado, quizá sería posible ver un tercer nivel legitimador en este relato: al margen de otorgarle la mano de Estratónice, Seleuco I asocia a su hijo Antíoco I como corregente del reino y le concede bajo su mando efectivo la mitad oriental del mismo y, con ello, inaugura un mecanismo para asegurar la sucesión, que se convertirá en práctica por sus sucesores. Para evitar problemas dinásticos, el rey asociaba en vida al poder al sucesor de la corona, con el cual redistribuía el poder (lo que facilitaba el gobierno de unos territorios extensísimos). De hecho, tenemos evidencias en textos cuneiformes y en correspondencia oficial (OGIS, 214) de que el gobierno doble era efectivo; pues tanto rey como corregente, aparecen intitulados con el término *basiléus* (*basiléis*) (Sherwin-White y Kuhrt 1993, pp.23-24).

Otro elemento clave de legitimación dinástica sería la política onomástica, reflejada en los nombres de la familia real y en los dados a las fundaciones seléucidas (de lo que hablaremos un poco más adelante). En cuanto a la primera, no es un elemento nuevo, estando presente en los modelos inmediatos (los Aqueménidas y los Argéadas) y sigue, por lo general, el siguiente sistema (para los varones): el hijo mayor recibe el nombre del abuelo paterno y el menor el del padre. En ocasiones, la onomástica y el

cambio en esta también puede obedecer a determinados intereses: así, Antíoco III llamaría Mitrídates a uno de sus hijos (por su abuelo materno y, posiblemente, por el interés del padre en la zona oriental del imperio); sin embargo, el vástago terminaría por cambiar su nombre y sería conocido como Antíoco IV (Muccioli, 2010, pp. 81-96).

También, las estrategias matrimoniales jugarían un papel importante en la legitimación real, sirviendo para conectar entre sí a las diversas dinastías helenísticas, por ejemplo, sellando el fin de un determinado conflicto. Por citar algunos casos, tenemos a Seleuco I, que como hemos visto, se casó en segundas nupcias con Estratónice, la hija de Demetrio *Poliorketes*, lo que indudablemente permitiría vincular a los Seléucidas con los Antigónidas de Macedonia (Bevan, 1966a, p.62) o; a Antíoco II, quien tras el fin de la guerra con Egipto desposó a la hija del rey Lágida, Berenice (Davis y Kraay, 1973, p.191).

Por último, un aspecto que he decidido incluir en esta cuestión (porque en cierta manera se conecta con la idea de la continuidad dinástica y es un instrumento legitimador en sí mismo), es el de la instauración de un culto real, un culto al gobernante, centralizado desde el Estado³¹. No me detendré ahora a explicar cómo surge la posibilidad de que un ser humano sea honrado a la manera de un dios (ya que a esto se hará referencia al hablar de los cultos cívicos); limitándome a señalar, que el culto centralizado al monarca como tal (que incluye la creación de sacerdocios especiales), en el caso de los Seléucidas, se desarrollaría a partir de Antíoco III, quien regula este y lo reclama para él, su esposa y sus ancestros, a través de una serie de edictos que serían enviados a las diversas ciudades (Sherwin-White y Kuhrt 1993, pp.202-205):

"(...) El rey Antíoco (III) a Menedemo, saludos. Con motivo de incrementar más los honores de nuestra hermana y Reina Laódice (...) es nuestra decisión, que así como sumos sacerdotes (*archiereis*) son designados por nosotros en todo el reino, también (...) deben establecerse en las mismas [provincias] (...) / para nuestros [ancestros] y nosotros mismos (...) Haz que las copias de

³¹ Existe todo un debate sobre si puede establecerse una clara diferencia entre culto cívico al gobernante y culto central (Chaniotis, 2003, pp.431-441; Sherwin-White y Kuhrt, 1993, pp. 202-205) o si la línea entre ambos en realidad no es tan marcada (Erickson, 2009, p.266). En el presente ensayo mantendremos la diferencia entre uno y otro (aun sabiendo, que en ocasiones, se influyen mutuamente). La razón de esta elección se debe meramente a la forma de presentación del material, pues los cultos cívicos, entendidos como movidos por “iniciativa propia” (aunque detrás subyazgan ciertos intereses y razones de reciprocidad), son tratados en el apartado de la recepción de la imagen de la monarquía.

las cartas sean inscritas en estelas/ y que sean erigidas en los [lugares] más distinguidos, de manera que [nuestra buena disposición] hacia nuestra hermana pueda hacerse manifiesta en estos términos ahora y en el futuro (...)

(Austin, 1981, pp.262-263, nº 158)

4.2.2 Los *phíloi* del rey

El desarrollo de una administración central (y a todos los niveles), va a ser un elemento clave de control para el poder real en todas las dinastías helenísticas y, entre ellas, la Seléucida. Dado que la extensión de este ensayo es limitada y las cuestiones a tratar son muchas, simplemente daremos unas tenues pinceladas, centrándonos en la figura de “los amigos del rey”,

Hablando de administración central, es necesario que hagamos referencia al ámbito cortesano y, en concreto, a la figura de los *phíloi* reales (φίλου τοῦ βασιλέως (Strootman, 2011, p.63)). Los *phíloi* de los reyes helenísticos serían sucesores de los *hetaíroi* de los Argéadas y también tendrían sus paralelos en la historia del gobierno Aqueménida (los “parientes” del rey). Se trataba de personas muy cercanas al monarca (reclutadas sobre la base de criterios personales y por los méritos que hubieran demostrado (Austin, 1986, p.462)) y que gozaban de la confianza de este³², el cual les destinaba para los más variados cargos y misiones de importancia (Lund, 1992, p.178). Van a ser claves, por ejemplo, en la mediación entre el rey y las ciudades, como fue el caso de Demodamas, *phílos* de Seleuco I y Antíoco I, que se hizo cargo de las relaciones con Mileto (Sherwin-White y Kuhrt 1993, pp. 24-25). A cambio de su fidelidad y su dedicación, como ya comentamos, “los amigos del rey” recibirían una serie de recompensas y regalos, que servirían para mantener su lealtad. Esto fue clave, porque las relaciones entre el monarca y sus *phíloi* no eran estables, y siempre existía peligro para cualquiera de los dos bandos (Austin, 1986, p.462). Además, el cambio de rey, podía suponer un cambio en el círculo de amistades poderosas en la corte, por lo que no era de extrañar, que en ocasiones, los antiguos *phíloi*, por temor a perder su estatus, se levantaran contra el nuevo monarca (tal fue el caso de Molón contra Antíoco III, quien se rodearía

³² Strootman (2011, p.63) pone en relación esta institución con las antiguas relaciones griegas de *xenía* o *philoxenía*

de nuevos “amigos”, entre ellos Zeuxis, general distinguido en la guerra contra Ptolomeo IV y el propio Aníbal de Cartago) (Strootman, 2011, p.63).

Por otra parte, cabe señalar, que Lund (1992, p.180) y Strootman (2011, p.82), ven en los *φίλων τοῦ βασιλέως*, el desarrollo y aparición de una nueva clase dominante, que estaría compuesta por individuos de diversos orígenes étnicos. Pese a esta observación, parece ser que los más altos cargos de la administración estuvieron ocupados por greco-macedonios. Sería en la administración provincial y, sobre todo, en la local (en las que prevalecen más las formas de organización tradicionales, como la división territorial en satrapías, a pesar de que aparezcan toda una serie de elementos nuevos, de origen greco-macedonio, como los *strategói*), donde la presencia de personas de origen “no-griego” sería mayor (Rostovtzeff, 1979, pp.164-167).

Sería muy interesante desarrollar en profundidad todos los aspectos que se conocen sobre la administración seléucida, para así poder valorar el peso de los componentes “nuevos” (greco-macedonios) y el de los “antiguos” (la administración previa a la conquista de Alejandro Magno); lo cual, sin duda, también nos ayudaría a comprender mejor las políticas legitimadoras reales. Pero, como ya hemos indicado, resultaría imposible en este trabajo por la extensión requerida, por lo que veo de mayor utilidad, para cerrar la constelación de mecanismos legitimadores, hablar de la política de fundaciones.

4.2.3 Las fundaciones seléucidas

Desde el punto de vista de la legitimación del poder real, tradicionalmente se ha tendido a estudiar las fundaciones seléucidas como medio del control del territorio (subordinando la política onomástica a este hecho); sin embargo, Buraselis (2010, pp.265-274), recientemente, ha enfatizado otro elemento ya anticipado por Lund (1992, pp.153-181): la legitimación presente en el propio acto de la fundación (esto es, las fundaciones como instrumento legitimador en sí mismo).

En mi opinión, considero que ambas perspectivas podrían ser complementarias, por lo que, en este ensayo, se tratará de dar una visión de conjunto de las fundaciones como mecanismo legitimador.

En este sentido, habría que comenzar diciendo, que aunque se emplee de manera generalizada el término “fundación”, esto no implica que siempre nos estemos encontrando ante fundaciones reales (*ex nihilo*); sino que, en muchas ocasiones, estas

podían tratarse de refundaciones por un *sinecismo* de ciudades o ser el resultado de la elevación de una aldea preexistente a la categoría de ciudad o corresponder a un mero cambio de nombre (Lévêque, 2005, pp.64-66).

En cuanto al acto de fundación, como adelantamos, podía ser visto como un elemento de legitimación en sí mismo, pues recalca en el concepto del rey como protector, proveedor y favorito de los dioses. Este aspecto, se enfatiza con una serie de relatos prodigiosos y augurios que preceden el acto fundacional (Lund, 1992, p.174); este el caso de Antioquía, que habría de sustituir a la antigua ciudad fundada por los Antigónidas, Buraselis recoge el relato de Libanio (*Antioch.* 88), según el cual, al tratar de ofrecer un sacrificio en la antigua fundación, un águila (símbolo de Zeus) se llevaría parte de los restos del animal y los arrojaría en el lugar que habría de elevarse la nueva Antioquía (2010, p.269). El mismo autor menciona una narración de Esteban de Bizancio (s.v. *Ἀντιόχεια*), quien atribuye la fundación de tres ciudades por parte de Seleuco a la visita en sueños de su madre, esposa e hija, que le encomiarían a este fin (por lo que luego serían bautizadas con sus respectivos nombres) (*Ibidem*, p.271).

La mención al relato del sueño nos permite hablar de la política onomástica en las fundaciones seléucidas. Apiano vinculó a Seleuco treinta y cuatro fundaciones de nombre dinástico (16 Antioquías, 5 Laodiceas, 3 Apameas y 1 Estratonicea) (*Syr.*57). Hoy en día se tiende a pensar que este número resulta exagerado; aunque sin lugar a duda, las más famosas estarían en Siria: Seleucia en Pieria, Antioquía del Orontes, Apamea del Orontes y Laodicea en el mar (Sherwin-White y Kuhrt, 1993, pp.16-21). Antíoco I seguiría la senda de su padre, pero luego el proceso se paralizaría prácticamente hasta el reinado de Antíoco IV (Lévêque, 2005, pp.64-66). La imposición de nombres de la familia real a las fundaciones Seléucidas (política que siguen otras monarquías helenísticas), se ha visto como un mecanismo de visibilidad, de recordatorio de la gloria del que fundó (o refundó) esa ciudad y, a la par, para mostrar *eusébeia* hacia el predecesor real (Frézouls, 1977, pp. 219-248; Lund, 1992, p.175).

Desde el punto de vista más “práctico” estos asentamientos cumplirían también una función, aunque esta ha sido (y continúa siendo) muy debatida: asentamiento de tropas y control militar (*katoikíai*, *stathmói*), protección de fronteras, dominio de las rutas comerciales, bases de difusión del helenismo, etc. (Rostovtzeff, 1978, p.158; Briant, 1978; Grainger, 1990b; Lund, 1992, pp.176; Sherwin-White, 1993, p.167; Lévêque, 2005, pp.64-66). Lo más probable, hecho del que algunos de estos autores son

conscientes, es que existieran diversos tipos de asentamientos y, que la naturaleza de los mismos pudiera cambiar con el tiempo (por ejemplo, parece que el núcleo originario de Antioquía en Pieria sería de 10.000 macedonios, pero con el paso del tiempo se les irían uniendo contingentes griegos, sirios, judíos, etc. (Lévêque, 2005, pp.67-68).

5. La recepción de la imagen del monarca

Hasta este punto, hemos presentado los principales mecanismos de los que los reyes seléucidas van a servirse para legitimar su poder y presentarse, tanto ante las poblaciones greco-macedonias (incluidas en su reino o no), como ante las “no-griegas”. Ahora, en aras de comprender mejor estos procesos legitimadores, toca tratar el cómo esta política de justificación del poder fue recibida (es decir, si tuvo éxito o no). Como veremos a continuación, tal recepción no fue única ni monolítica; sino que se dieron respuestas diversas, las cuales podemos agrupar en dos grandes categorías: “imagen positiva del monarca” o “triunfo de la legitimación” (que vamos a ejemplificar con las concesiones de honores hechas a este) e “imagen negativa” o “fracaso de la legitimación” (expresada a través de la resistencia, física o literaria).

5.1. El “triunfo” de la legitimación: visión positiva y concesión de honores

Un poco más arriba, hemos señalado, que la recepción favorable de la imagen del monarca Seléucida, la veríamos y desarrollaríamos a partir de los honores que a este le van a ser conferidos (y que son respuesta, fundamentalmente, a su papel como *euergetes*).

En relación a los intereses que movían al monarca en sus concesiones, la literatura griega antigua y la epigrafía recogen el término *philodoxía* (“amor por la gloria”), asociada a la realeza (Bringmann, 1994, p.17). De hecho, una de las maneras con la que las diversas poblaciones van a corresponder las mercedes de los reyes helenísticos, va a ser la concesión de honores (sean del tipo que sean). Aunque desde una perspectiva actual, este elemento del “honor”, de lograr una “opinión pública favorable”, quizá pueda parecernos bastante banal; no lo fue en absoluto en el Mundo Antiguo, donde, al contrario, tuvo mucha importancia. Era este, junto a la gloria, lo que confería majestad al monarca y lo que le permitía legitimar su poder (Lund, 1992, p.165).

Bringmann (1994, p.17), además, hace mención a las palabras de Cicerón (*Off.*1.47), quien influido por el filósofo helenístico Panecio, venía a decir, que los hombres de poder tendrían que tratar de obtener el afecto y admiración de la gente para

conseguir la gloria (valiéndose para ello de otorgar beneficios); pues así, los beneficiados se verían en la necesidad de recompensarles y agradecerles estas concesiones.

Tanto las *póleis* griegas como las poblaciones locales, van a recompensar el patronazgo de los monarcas con una serie de honores. Honores, que al menos en el caso griego, ya no podrían ser los mismos que se habían venido otorgando a los anteriores benefactores; sino que tendrían que ser *mégistai timái*, los más grandes: coronas de oro, estatuas de culto (*ágalma*), festivales, etc. (Gauthier, 1985, pp. 45-46). Entre todos estos, sin duda, lo más destacable sería la instauración de un culto para el monarca; pues de alguna manera, se le estaría reconociendo una cierta naturaleza divina. En el apartado 4, habíamos citado la problemática distinción entre el culto cívico al gobernante y el culto al monarca centralizado (el cual, en teoría, solo se desarrollaría a partir de Antíoco III). Aunque no corresponde a este ensayo entrar en el debate, sí que hay que decir, que es cierto que nos encontramos con concesiones de honores similares a los que luego se prescribirán desde el poder (algunos de ellos culturales) desde los inicios de la dinastía³³.

Es más, tenemos atestados cultos “espontáneos” a reyes Seléucidas por parte de las ciudades griegas ya desde *ca.*280 a.C., poco después de que Seleuco I derrotase a Lisímaco (Erickson, 2009, p.63). Para ilustrar todo esto, lo mejor es incluir algunos

³³ En el desarrollo del culto al monarca helenístico, (visible en epítetos de la índole de *Sóter*, *Epiphanés*, *Théos*-este último con el que Mileto recompensó a Antíoco II por liberarla de la tiranía de Timarches (Erickson, 2009, p.217)), será clave la conjugación de dos concepciones: por un lado, la griega; y por otro, la oriental. Comenzando por la griega, es necesario apuntar, que ya en los ss.V-IV a.C., una serie de autores (entre ellos Platón y Aristóteles) reconocían en los seres humanos cierta parte de divinidad y que tenemos algún caso de seres humanos a los que se les rindió culto en vida (como el general espartano Lisandro). Ya en Época Helenística, además del antecedente sentado por Alejandro Magno, personajes como Euhemerus de Mesenia van a ir construyendo la tradición de que los dioses habían sido hombres en la tierra pero que se habían ganado el culto a través de sus benefacciones. En lo que al mundo oriental se refiere, los monarcas siempre habían estado teñidos de un halo divino (Nestle, 1973, pp. 305-306, 311; Grant, 1982, pp.95-99; Politt, 1989, pp.423-424).

Por otra parte, aunque no se refiere a un monarca Seléucida, la canción que los atenienses dirigieron a Demetrio I, resume perfectamente cuál era la mentalidad que subyacía en esas concesiones: “Los otros dioses no existen o están lejos, o no escuchan, o no hacen caso; pero tú estás aquí y podemos verte, no en madera ni en piedra, sino en verdad viva” (Politt 1989, p.424).

ejemplos en los que diversas ciudades aparecen decretando o reconociendo honores a los diferentes monarcas de esta dinastía:

Podemos comenzar citando el peán en honor a Apolo y a Asclepio de Eritrea, que hacía referir a Seleuco I como hijo de Apolo, al cual ya nos hemos referido al hablar de la construcción de la identidad dinástica a través de la formulación de un origen divino (Erickson, 2009, p.46). Esta misma ciudad, en época de Seleuco II, honraba a Antíoco I como: “ὁ θεὸς καὶ σωτὴρ Ἀντίοχος” (dios y salvador Antíoco) (OGIS, 229) y, posteriormente, reconocería a Antíoco II y a su madre Estratónice como dioses: “Θεὸν Ἀντίοχον καὶ τῇ μητέρα τὴν τοῦ πατρὸς θεὰν Στρατονίκην ἰδρῦσθαι παρ’ ἡμῶν τιμωμένους” (OGIS, 299). De nuevo, Antíoco (I-II) es honrado como *sóter* en dos inscripciones: la primera, en estado fragmentario (y actualmente perdida), provenía de Teos: “[Βασιλέως] Ἀντίοχου καὶ βασιλίσσης Στρατονίκης []/ [] καὶ Ἀντίοχου βασιλέως καὶ Σωτῆρος []” (Erickson, 2009, p.215); mientras que la segunda, fue hallada en Bargylia: “Βασιλεῖ[ι Ἀντιόχ]ωι Σωτῆρι” (SEG 4, 207; Habitch, 1970, 203).

En la misma línea, tenemos también el decreto de Ilio a Seleuco I, al que se le ofrece un sacrificio anual (y puede que mensual), un festival, *ágones*, etc.:

[---]α μὲν ἱερε[---ὡς φ]ίλος [τ]ο[υ] δήμου. Προεδρίαν δὲ εἶναι ἐν τῷ θεά[τ]ρωι ἐμ
 πι[ᾱ]σι τοῖς ἀγῶσι τοῖς συντελο[υ]μένοις ὑπὸ τῆς πόλεως|| [τῆς τῶν Ἰλιέων.
 ἰδρῦσθαι δὲ καὶ βωμὸν ἐν τῇ| [ἀγορᾷ ὡς κάλλιστον κα]ὶ ἐπιγράψαι Βασιλέως
 Σε[λέ]νκου. καὶ θυσίαν δὲ| συντελεῖν [τ]ῷ βασιλεῖ| [Σελεύκωι ἐκάστου μην]ὸς τῇ
 δωδεκά[α]τῃ τὸν γυμνασίαρχον. τιθέτω δὲ καὶ ἀγῶνα τῶν νέων -----
 ----- μετὰ| δὲ ἡμᾶς καὶ διὰ πενταε[π]τίας ἀεὶ, τῇ δωδεκάτῃ| ἐν τῷ μηνὶ
 γυμνικὸν καὶ ἵππικόν,|| ὡς καὶ τοῦ Ἀπολλωνος τελεῖται τοῦ ἀρχηγοῦ τοῦ [γέ]ωρος
 αὐτοῦ. τῷ δὲ ἀγῶνι ἱερε[ύ]ει μὲν τὰς δώδεκα|| [φύλας -----] καὶ τὰς
 ἐχεχειρίας εἶ| [ναι ἐφ’ ὅλον τὸν μῆνα. καὶ δίδοσθαι τοῖς φυ[---] τῶν κρεῶν
 μερίδα, ὅση|ν καὶ ἐν τῇ τῆς Ἀθηνᾶς [θυ]σίαι λαμβάωσιν ----- | ἡ σύνοδος
 τοῦ δήμου | [----- βασιλεῖ Σελεύκωι, ἐπειδὴ|| [καὶ ἐν τῇ θυσίαι
 τῆς] Ἀθηνᾶς ὑπὲρ τοῦ βασιλέ[ω]ς Σελεύκου - - - - - κα]ὶ τῆς πόλε[ω]ς ἀνεγνω - - -
 | ----- ἐν τῇ| θυσίαι τῆς Ἀθηνᾶς | [-----] ἐρονόμοι, καθότι
 δὲ οἱ || [----- θυ]σίαις ὑπὲρ|-----

(OGIS, 212; Wikander, 2005, p.117)

Como último ejemplo de este tipo, puede citarse la concesión de los nesiotas de Delos (ca. 306 a.C.) de la erección de una estatua a Estratónice (la hija del rey Demetrio y segunda esposa de Seleuco I), junto a la de Asclepio:

θ ε ο ί

ἔδοξεν τῇ βοθλῇ καὶ τῷ δήμῳ./Τιμῶναξ Διοδότος εἶπεν. ἐπειδὴ/ Τελε[σί]νος
ἐγλαβὼν παρὰ τοῦ δήμου/τοῦ Δελίων ἀγάλματα ποιῆσαι τοῦ τε/Ἀσκληπιοῦ καὶ
τῆς βασιλίσσης/ Στρατονίκης ἐπέδωκε τῷ δήμῳ [κ]α[ι]/ ἐπόησεν τὰ
ἀγάλματα ταῦτα τὸ μὲν/ τοῦ Ἀσκληπιοῦ χα[λκοῦν], τὸ δὲ τῆς βα[σι]/λί[σ]ης
λίθινον?, ἡργά[σ]ατο δὲ τὰ/[ἀγάλ]ματ[α καλῶς καὶ] ἐσπούδασεν κτλ

(IG XII Suppl. 311; Wikander, 2005, p.117)

Pero como ya hemos apuntado, esta visión favorable hacia el monarca (en su papel como benefactor y salvador), no solo la encontramos en el ámbito griego; sino también entre las poblaciones locales orientales.

En este sentido, cabe volver a hablar del fragmento 13b de la *Crónica Babilónica* (del que ya hemos hablado al tratar la cuestión de la participación monárquica en los rituales y cultos locales). En esta ocasión, nos interesa destacar las líneas 6ª a la 8ª, que rezan: “(...) para la ofrenda, en Esagil a Bel (Señor), Beltia (Señora) y los grandes dioses y para el ritual de Seleuco, el Rey y su hijo” (Sherwin-White, 1983, p.156). Tal y como la misma autora propone, dichas líneas probablemente estarían haciendo referencia a un culto real local (no organizado desde el poder central, dado que la documentación cuneiforme no atestigua la existencia de ningún sacerdote epónimo del monarca ni en Babilonia ni en Uruk), posiblemente referido a Seleuco II y a sus hijos Seleuco III y Antíoco III.

Otras evidencias que podrían indicar la efectividad de los instrumentos de la legitimación Seléucida, podrían ser las dedicaciones conservadas en el *Cilindro de Anu-Uballit* (gobernante de Uruk durante el reinado de Seleuco II) y la de una niña esclava de la misma ciudad: “Para la vida de Antíoco y Seleuco, reyes” (*Ibíd.*, pp.157-159).

También, la obra del babilonio Beroso (*Babyloniaka*), si se parte de que fue compuesta bajo el patronazgo de Antíoco I (a quien la dedica), es posible que pueda leerse en clave “local” favorable a la nueva dinastía, a la que vincularía con los más famosos monarcas de la historia de Babilonia (Kuhrt, 1987, pp. 32-56).

Pero sin duda, para cerrar el apartado, este éxito de la legitimación Seléucida en ámbito babilónico, podemos apreciarlo ya desde los primeros momentos, como puede observarse en el siguiente fragmento de Diodoro Sículo, donde se exponen los motivos que permitieron a Seleuco I recuperar de manos de Antígono su antigua satrapía, a pesar de contar con un ejército mucho más pequeño:

“Y en cuanto entró en Babilonia, la mayoría de los nativos fueron a su encuentro haciéndole saber que estaban totalmente de su lado y que habían decidido ayudarle en lo que creyera conveniente. El hecho es que Seleuco, durante sus cuatro años como sátrapa en esta región, se había mostrado benévolo con todos, ganándose el favor del pueblo y preparando, con antelación, a aliados que colaborarían con él cuando se diera el momento oportuno para disputar el poder supremo”

(Diod., 19.91.1-2, trad. Sánchez, 2014)

5.2. El “fracaso” de la legitimación: visión negativa y resistencia

Frente a esa recepción “favorable” de la imagen de la Monarquía Seléucida (a la que indudablemente contribuye el papel del rey como *euergetés*), cuyo eco hemos visto a través de las concesiones de honores hechas a estos (al margen o no de segundas intenciones por cualquiera de los dos bandos); nos vamos a encontrar, con que en ocasiones, parece que los esfuerzos legitimadores emprendidos por los gobernantes van a fracasar. Escritos donde se difama la figura real o rebeliones contra un poder que se considera ajeno, van a ser las dos formas principales (a veces caminando de la mano), a través de las cuales se manifieste esa “resistencia” ante la realeza.

Sin duda, el caso más estudiado es el de los judíos y Antíoco IV *Epiphanés* (del que nos ocuparemos más adelante), pero no se trata ni mucho menos del único; al contrario, podemos encontrar evidencias de este rechazo en diversos ambientes y momentos:

En el ámbito propiamente iranio-persa, el descontento ante el poder gobernante (a los que se suelen referir de manera indiferente como “griegos” o “macedonios”, lo que ya nos está indicando que los sienten como algo externo, ajeno a ellos), podría apreciarse (aparte de en las rebeliones, que tienen lugar ya desde época de Alejandro en algunas satrapías) en una producción que se ha calificado como “literatura de resistencia”. En

esta línea es en la que se ha querido interpretar el tercer libro de los *Oráculos Sibilinos*. Este, aparentemente, habría sido compuesto *ca.* 140 a.C. por un individuo de origen judío, el cual habría mezclado oráculos helénicos y orientales (babilónicos, persas, frigios...) con el objetivo de hacer propaganda contra los griegos y, en concreto, contra los Seléucidas (anunciando el inminente fin de la dinastía). Asimismo, se piensa, que esta literatura persa de “resistencia” habría influido también en la redacción del *Libro de Daniel* (Eddy, 1961, pp.1-12). El origen de estos y otros escritos anti-Seléucidas, donde también se mezclan cuestiones y concepciones del zoroastrismo (en las que no nos detendremos a desarrollar), se atribuyen a fundamentalmente a los *mágoi* (clan de sacerdotes de Ahura Mazda, que habían estado al servicio de los reyes Aqueménidas) y a otras personas antes cercanas al poder y que ahora ven peligrar su posición o *status*. Por otra parte, hay que considerar otro elemento fundamental de legitimidad en el mundo iranio, que podría influir en este distanciamiento u oposición a los Seléucidas: la importancia de la sangre irania real de la reina, que permite que el futuro rey que nazca, sea considerado como del propio *éthnos*, y no una suerte de “extranjero”. Sin embargo, esto solo ocurrió con el fruto de la unión de Seleuco I y Apama, Antíoco I y; posteriormente, con Antíoco III, quien desposaría a la hija irania de Mitrídates II del Ponto (Eddy, 1961, pp. 37-64).

También se ha querido ver cierta resistencia en el siguiente pasaje de Apiano, en el que se manifiesta la reticencia de los *mágoi* a la hora de dar los presagios para la fundación de Seleucia-Tigris:

“Nosotros, por temor a que se construyera una fortaleza en contra nuestra, falseamos la hora fijada por el hado, pero ésta era más poderosa que la perfidia de unos magos y la ignorancia de un rey”

(App., Syr. 58., ll.27-31, trad. Sancho Royo, 1980)

Quizá el caso más radical que muestra el completo fracaso de la legitimación del monarca, sea el episodio que marcó el final del reinado (y de la vida) de Antíoco III (187 a.C.). Este, tras ser derrotado por los romanos y ante la necesidad de afrontar los costes de la paz impuestos por Roma, a su paso por Elam (sur de Media), decide atacar el templo de Bel, con tan mala suerte, que descubierto por los habitantes del lugar, es muerto por ellos:

“Entretanto en Siria, el rey Antíoco, a quien los romanos tras haberle vencido, habían agobiado con un gran tributo de paz, sea forzado por la falta de dinero, sea estimulado por su codicia, y esperando que el sacrilegio que iba a cometer sería más excusable, si aducía la necesidad de pagar el tributo, recurriendo al ejército, ataca de noche el templo de Júpiter Elimeo. Cuando se divulgó la noticia, los habitantes se agolpan a su alrededor y lo matan junto con toda su tropa”

(Just., 32.2, trad. Castro Sánchez, 1995)

Pasando ahora al caso judío (que como ya habíamos adelantado, es quizá el más estudiado), cabe decir, que nuestras fuentes principales (que nos muestran esa visión negativa del monarca, cuya legitimidad llega a cuestionarse por vía de las armas, con la rebelión de Judas Macabeo), provienen, en su mayoría, del bando hebraico. Estas son eminentemente: el *Libro I y II de los Macabeos*, el *Libro de Daniel* y las obras de Flavio Josefo (*Antigüedades Judías* y la *Guerra de los Judíos*) (Bar-Kochva, 1989, pp. 151-193).

Según dichas fuentes, el conflicto se desencadena (en un contexto de inestabilidad política interna), cuando el monarca Seléucida Antíoco IV *Epiphanés*, rompiendo con la política de “tolerancia religiosa” y patronazgo a los cultos locales de sus predecesores³⁴, establece mediante edicto toda una serie de medidas prohibitivas y punitivas para todos aquellos que persistieran en la práctica de la tradición y religión judía³⁵ (Ma, 2000,p.73),

³⁴ Véase apartado 4, sección dedicada a la *euergesía* de los monarcas para con las poblaciones y cultos locales: *Carta de Antíoco III a Ptolemaios* (Ma, 2000, pp.86-87; Jos., A.J. 12.138-144). Sin embargo, ha de señalarse, que debido a la presión económica romana, Seleuco IV (el antecesor en el trono de Antíoco IV), ya había llevado a cabo una acción dañina contra el Templo: “En su lugar surgirá otro rey que enviará un emisario para que se apodere del tesoro del templo, pero al cabo de unos días perecerá” (*Dn.* 11.20).

³⁵ Los historiadores no se ponen de acuerdo en cuáles fueron los motivos que impulsaron a Antíoco IV a abandonar la anterior política seléucida de tolerancia religiosa por la de la represión. Bevan (1975, p.506-507) señala dos elementos: por un lado, la ira del monarca al regreso de su segunda campaña en Egipto (ca.168 a.C.) al encontrar que algunos judíos, creyéndole muerto (debido al desprestigio que supuso su retirada forzada por Roma(*Mac.* 2.5.5)) se habrían pasado al bando egipcio; y por otro, la supuesta política “helenizante” de Antíoco, que habría tenido como fin último hacer de todos los hombres del reino un solo pueblo (*Mac.* 1.1.41). Tcherikover (1961, pp.182-183) añade una tercera hipótesis esgrimida en el debate historiográfico, la posibilidad de que se tratase de una medida enfocada al refortalecimiento del reino (teóricamente debilitado tras la derrota de Antíoco III y su retirada de Asia Menor).

medidas a las que se conoce como *Gezerot* o “Decretos demoníacos” (Tcherikover, 1961, p.176). Entre estos, destacaron la colocación en el Templo de Jerusalén de una imagen de Zeus Olímpico (que podría ser una representación barbada del propio Antíoco), la prohibición de la circuncisión y la posesión de los libros de la *Ley*, castigos para los que rehusaran comer carne de cerdo o la celebración de ritos paganos en el Templo (Bevan, 1975, pp.507-508; *Mac.1.1.41-64*).

La reacción hebrea no tardaría en hacerse sentir y, a la par que Judas Macabeo lideraba una rebelión contra el poder de los Seléucidas, en el seno de la literatura apocalíptica, comenzaría a gestarse una “contra-imagen”³⁶ de la figura del monarca. Así, Antíoco es presentado, para empezar, como un usurpador y, por tanto, no como un rey legítimo³⁷: “Un hombre despreciable ocupará su puesto, sin estar investido en la dignidad real. Aparecerá de improviso y se apoderará del reino por la intriga” (*Dn. 11.21*).

El gobernante seléucida es visto también, como un rey arrogante y soberbio: “El rey hará lo que quiera, se ensoberbecerá y se gloriará por encima de todos los dioses y del Dios de los dioses dirá cosas increíbles” (*Ibídem*, 11.36) y como un profanador: “A su orden se presentarán tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y harán cesar el sacrificio perpetuo y alzarán la abominación desoladora”³⁸ (*Ibídem*, 11.31). Además, a esta faceta, habría que sumarle la de ladrón: “Entró altivo en el santuario, arrebató el altar de oro, el candelabro de las luces con todos sus utensilios (...) y con todo se volvió a su tierra. Hicieron sus gentes gran matanza y profirieron palabras insolentes” (*Mac.1.1.23-*

³⁶ Por “contra-imagen”, me refiero a una visión o construcción de la imagen (valga la redundancia), de la figura de Antíoco IV opuesta a la que desde el poder seléucida se trata de presentar y que busca deslegitimar al monarca.

³⁷ La idea de la “ilegitimidad” de Antíoco IV habría que ponerla en relación al contexto de su ascenso al trono: asesinado en el 175 a.C. su hermano Seleuco IV, por Heliodoro (*syntrophos* de este), varios candidatos estarían en posición de reclamar el trono: Demetrio, el hijo mayor de Seleuco (y, en teoría, legítimo heredero), que se encontraría como “huésped” en Roma; el pequeño Antíoco, hijo menor del rey difunto (y cuya candidatura defendía Heliodoro, probablemente con la pretensión de proclamarse como regente de este); y el propio Antíoco IV, que por aquellos momentos residía en Atenas (y que finalmente consigue imponerse a la fuerza como monarca, contando con el apoyo de Roma y Pérgamo) (Bevan, 1975, p.496-498).

³⁸ Este fragmento indudablemente habría que conectarlo con la elevación de la imagen de Zeus Olímpico que hemos señalado anteriormente.

25); “En suma, que Antíoco, habiendo arrebatado del templo 1800 talentos de plata, a toda prisa se retiró a Antioquía, pensando en su orgullo que podría navegar por la tierra y andar por el mar, para vanagloria de su espíritu” (*Mac.* 2. 5.21).

Por otra parte, Antíoco es un rey irascible, cruel y despiadado³⁹, como demuestra el martirio al que el rey sometió a siete hermanos y a su madre:

“Es muy digno de mención lo ocurrido a siete hermanos que con su madre fueron presos y a quienes el rey quería forzar a comer carnes de puerco prohibidas y por negarse a comerlas fueron azotados con zurriagos y nervios de toro (...). Irritado el rey, ordenó poner al fuego sartenes y calderos. Cuando comenzaron a hervir, dio orden de cortar la lengua al que había hablado y de arrancarle el cuero cabelludo a modo de los escitas, y cortarles manos y pies a la vista de los otros hermanos y de su madre. Mutilado de todos sus miembros mandó el rey acercarle al fuego y, vivo aún, freírle en la sartén (...)”

(*Mac.* 2.7)

A narraciones como estas se debe que Antíoco IV *Epiphanés* haya pasado a los ojos de los judíos posteriores (y a los cristianos), como una prefiguración del Anticristo (Hydahl 1990, pp.191) y; es posible también, que esta imagen o “contra-imagen” del monarca, haya influido en la consideración o huella, que este personaje ha tenido en la Historia: según Tcherikover (1961, pp.176-177), autores modernos, como Bouché-Leclercq, lo han visto como un degenerado y lo han comparado con Calígula o Nerón.

Para cerrar este apartado, antes de pasar a las conclusiones, me gustaría recalcar en la importancia que tiene, no solo cómo el rey seléucida de turno se legitima; sino cómo se recibe esa legitimación e imagen, por parte de las poblaciones bajo su dominio y, también, por otros estados.

6. Conclusiones

Como broche final de este ensayo, me gustaría concluir haciendo una serie de consideraciones sobre los aspectos que hemos ido tratando a lo largo del mismo.

³⁹ Rajak (2007, pp.110-119) hace particular hincapié en esta imagen que da la Biblia hebrea de los reyes Seléucidas, como personajes llenos de arrogancia, furia, orgullo, envidia y crueldad.

Para empezar, cabría volver a hacer hincapié en la importancia, que ha tenido y tiene, la legitimación para cualquier régimen político y; más aún, cuando este surge en un contexto políticamente inestable o adverso, tal es el caso de las monarquías helenísticas. Debido a la situación de conflicto en las que estas emergen, complicada por el hecho de que tal institución no era común en el mundo griego y por el halo de ilegitimidad y usurpación que las reviste, dicho elemento va a ser todavía más crucial y necesario. Sin embargo, las bases legitimadoras, no surgen de la nada; sino que, como hemos ido viendo, se nutren de toda una tradición que se había ido desarrollando anteriormente y, que había supuesto la creación de una ideología de la realeza o *areté* real. A esta construcción ideológica habría que sumar, en particular en los primeros tiempos, la importancia de la figura del difunto Alejandro Magno a la hora de aportar idea de continuidad. De hecho, aunque no se ha comentado en el ensayo, el interés por vincularse al conquistador macedonio y presentarse como heredero suyo, llevó al intento de desposar a familiares del mismo, como con su hermana Cleopatra, quien contó con varios pretendientes de los futuros monarcas helenísticos. El interés por hacer presente la figura de Alejandro, también estuvo presente en el caso de los Seléucidas, aunque en menor medida (como comentáramos), y más durante el reinado del fundador que en el de sus sucesores. Cabría ahora plantearse el porqué. En mi opinión, podrían haber influido dos elementos: por un lado, el progresivo desinterés por mantener la “ficción” de la unidad del imperio de Alejandro y; por otro, la posibilidad de que los Seléucidas, aun ocupando la mayor parte del territorio conquistado por este, quisieran resaltar más su propia figura y sus logros y no verse ensombrecidos por aquel (Antíoco I cambiaría los retratos de Alejandro en las acuñaciones por el suyo y el de su padre).

Por otra parte, como ya se ha señalado, creo que de todos los componentes y mecanismos que intervinieron en la legitimación de esta dinastía, los dos que definirían mejor su carácter y naturaleza, serían: la creación de una mitología centrada en la figura de Apolo y el aspecto militar, unido al concepto de la victoria. En este último punto, discrepo de la revisión de Bosworth (2002, p.247), quien propuso que la victoria no era tan importante como se había venido diciendo. Puede que en los casos particulares que este expone pueda verse así; sin embargo, lo que yo he apreciado en el caso de los Seléucidas, es justo lo contrario. No hay más que recordar los casos citados de Seleuco III o Antíoco III, para dejar bien patente que el rey solo era reconocido como tal cuando

demostraba sus aptitudes bélicas y triunfaba sobre sus enemigos (o, al menos, lograba presentarlo de esta forma, como ejemplifica la procesión “triunfal” de Antíoco IV).

De otro lado, habría que añadir, que la importancia de estos dos factores que acabamos de mencionar, no ha de interpretarse en términos de exclusividad; pues como se ha ido viendo, otros muchos instrumentos fueron empleados de manera recurrente para lograr la legitimidad (el patronazgo real, la onomástica, las fundaciones, etc.).

Por otra parte, como he querido tratar de dejarlo claro a lo largo del ensayo, no hay que entender que estos esfuerzos legitimadores estarían dirigidos únicamente al sector de la población de los “greco-macedonios”; ni siquiera el componente militar, que a primera vista podría interpretarse (y lo ha sido), solo en términos de asegurarse el respaldo de ese contingente “leal” en el que descansaría “exclusivamente” el respaldo del monarca “griego”, gobernante al modelo imperialista europeo de una maraña de poblaciones sometidas. Tampoco estoy de acuerdo con las perspectivas que tienden a considerar a los reyes helenísticos como monarcas eminentemente orientales (Kuhrt o Sherwin-White, entre otros), negando o difuminando evidencias que podrían cuestionar su teoría. A mi parecer, y con la información que disponemos hasta el momento, es indudable, que en esencia, los Seléucidas se consideraron y fueron considerados como reyes griegos (o macedonios) (hemos hecho referencia al vocabulario, a su indumentaria y a los altos puestos de la administración). Esto no implica que no fueran conscientes, de que si querían que su imperio se prolongase a lo largo del tiempo, tenían que ser capaces de lograr que las diversas poblaciones locales (y mayoritarias) de su complejo dominio, les aceptasen como sus gobernantes legítimos. En esa línea habría que entender, por ejemplo, el patronazgo de los reyes seléucidas hacia los templos y cultos “no-griegos”; pero también, otros muchos instrumentos, que por su ambigüedad, podrían ser perfectamente entendibles para diversos receptores.

Todo esto, esa consciencia de la necesidad de presentarse ante públicos diferentes, es lo que caracterizará las formas, los mecanismos y los lenguajes con los que se construirá la imagen de la dinastía y, que permitirán que esta se mantenga en pie durante más de 200 años (aunque, como hemos visto, esa recepción no siempre fue positiva; ya que en ocasiones, la política legitimadora no terminaría por triunfar y, es cuando, nos encontramos con el surgir de una literatura de oposición o de auténticas revueltas contra el poder establecido).

Finalmente, la última conclusión que extraigo, de carácter más general, es la atención y el cuidado que como historiadores debemos de tener ante el estudio de los hechos del pasado. Como bien ejemplifica un tema como este, las segundas intenciones y el objetivo legitimador pueden alterar o, incluso, “crear” una realidad, que aunque nunca sabremos cómo realmente fue, distorsione nuestro conocimiento de la Antigüedad.

BIBLIOGRAFÍA

-Fuentes textuales:

- Apiano, *Historia Romana*, edición de Antonio Sancho Hoyo, Gredos, Madrid, 1980
- Aristóteles, *Política*, edición de Manuela García Valdés, Gredos, Madrid, 1988.
- Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*, edición de Antonio Guzmán Guerra, Gredos, Madrid, 1982.
- Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica*, edición de Juan Pablo Sánchez, Gredos, Madrid, 2014.
- Flavio Josefo, *Antigüedades Judías*, edición de José Vara Donado, Akal/Clásica, Madrid, 1997.
- Herodoto, *Historias*, edición de Francisco Rodríguez Adrados, CSIC, Barcelona, 2011.
- Jenofonte, *Económico*, edición de Juan Gil, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1967.
- Jenofonte, *Memorias*, edición de Francisco de P. Samaranch, Aguilar, Madrid, 1967.
- Justino, *Epítome de las “Historias Filípicas” de Pompeyo Trogo*, edición de José Castro Sánchez, Gredos, Madrid, 1995.
- *Libro de Daniel*, edición de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1968.
- *Libros de los Macabeos (I y II)*, edición de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1968.
- Polibio, *Historias*, edición de Manuel Balasch Recort, Gredos, Madrid, 1981.
- Plutarco, *Vidas Paralelas. Demetrio-Antonio*, edición de Antonio Guzmán Guerra, Alianza, Madrid, 2007.
- Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, edición de José Antonio Villar Vidal, Gredos, Madrid, 1993.

-Corpora de inscripciones

- *Inscriptiones Graecae: Inscriptiones Atticae Euclidis anno anteriores (IG II²)*, ed. F. Hiller von Gaertringen, 1924.
- *Inscriptiones Graecae: Supplementum (IG XIII suppl.)*, ed. F. Hiller von Gaertringen, 1904.
- *Orientis graeci inscriptiones selectae (OGIS)*, ed. W. Dittenberger. 2vols. Leipzig, 1903-05 [Georg Olms, Nueva York, 1970].
- *Supplementum Epigraphicum Graecum (SEG) XXVI*, ed. H.W. Pleket *et al.*, Brill, Ámsterdam, 1976-77.
- *Supplementum Epigraphicum Graecum (SEG) IV*, ed. J.J.E. Hondius, *et al.*, Leiden, 1923-1931. [J.C. Gieben, Ámsterdam, 1984]
- *Sylloge Inscriptionum Graecarum (SIG²)*, ed. W. Dittenberg, Leipzig, 1898-1901 [George Olms, Hildesheim, 1960].

-Bibliografía moderna:

- Aldea Celada, J.M. (2013), “Apolo y los Seléucidas o la construcción de una identidad dinástica”, *Stud. hist. H^a Antig.* 31, pp. 13-34.
- Alonso Troncoso, V. (2005), “La *paideia* del príncipe y la ideología helenística de la realeza”, *Gerión* 23 (9), pp.185-204
- Austin, M.M. (1981), *The Hellenistic world from Alexander to the Roman conquest. A selection of ancient sources in translation*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Austin, M.M. (1986), “Hellenistic kings, war and the economy”, *CQ* 36, pp.450-466.
- Austin, M.M. (2001), “War and culture in the Seleucid empire”, en Bekker-Nielsen, T. y Hannestad, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Copenhagen, pp. 90-109
- Austin, M. (2003), “The Seleukids and Asia”, en Erskine, A. (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Blackwell, Oxford, pp. 121-133.

- Baker, P.(2003), “Warfare”, en Erskine, A. (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Blackwell, Oxford pp.373-189.
- Bar-Kochva, B. (1976), *The Seleucid Army. Organization and tactics in the great campaigns*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Bar-Kochva, B. (1989), *Judas Maccabeus. The Jewish struggle against the Seleucids*, University Press, Cambridge.
- Baynham, E. (2013), “Alexander’s Argyraspids: tough old fighters or Antigonid myth?”, en Alonso Troncoso, V. y Anson, E.M. (eds.), *After Alexander. The time of the Diadochi (323-281 BC)*, Oxbow Books, Oxford, pp. 110-120.
- Bevan, E.R. (1966a) [1902], *The House of Seleucus*. Vol. I, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Bevan, E.R. (1966b) [1902], *The House of Seleucus*. Vol. II, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Bevan, E.R. (1975), “Syria and the Jews”, en Cook, S.A. et al. (eds.), *CAH VIII: Rome and the Mediterranean 218-133 B.C.*, Cambridge University Press, Cambridge pp. 495-533.
- Berresford, P. (1997), *Celt and Greek. Celts in the Hellenic World*, Constable, Londres.
- Bickerman, E. (1983), “The Seleucid Period”, en Yarshater, E. (ed.), *CHI 3 (1):_The Seleucid, Parthian and Sassanian Periods*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Bosworth, A.B. (2002), “Hellenistic Monarchy: Success and Legitimation”, en Bosworth, A.B. (ed.), *The Legacy of Alexander. Politics, Warfare and Propaganda under de Successors*, Oxford University Press, Oxford, pp.246-276.
- Bouché- Leclerq, A. (1978) [1913-14], *Histoire des Séleucides: (323-64 avant J.-C.)*, Scientia, Aalen.
- Breebaart, A.B. (1967), “King Seleucus I, Antiochus, and Stratocine”, *Mnemosyne* 40 (2), pp. 154-164.
- Briant, P. (1978), “Colonisation hellénistique et populations indigenes. La phase d’installation”, *Klio* 60 (1), pp. 57-92.

- Bringmann, K. (1994), “The King as Benefactor: Some Remarks on Ideal Kingship in the Age of Hellenism”, en Bulloc, A. *et al.* (eds.), *Self-definition in the Hellenistic World*, University of California Press, Berkeley.
- Buraselis, K. (2010), “God and king as synoikists; divine disposition and monarchic wishes combined in the traditions of city foundations for Alexander’s and Hellenistic times”, en Foxhall, L. *et al.* (eds.), *Intentional History. Spinning Time in Ancient Greece*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart.
- Cannadine, D. (1987), “Introduction: divine rites of kings”, en Cannadine, D. y Price, S.R., *Rituals of Royalty*, Cambridge University Press, Cambridge, pp.1-19.
- Chaniotis, A. (2003), “The Divinity of Hellenistic Rulers”, en Erskine, A. (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Blackwell, Oxford pp. 431-445.
- Chapman, M. (1992), *The Celts. The construction of a Myth*, Macmillan, Londres
- Davis, N. y Kraay, C.M. (1973), *The Hellenistic Kingdoms. Portrait coins and history*, Thames and Hudson, Londres.
- De la Nuez Pérez, M^a. E. (2009), “El Oráculo de Dídima: un ejemplo de las relaciones diplomáticas en época helenística”, *ETF Serie II* 22, pp. 333-340.
- Eckstein, A.M. (2009), “Hellenistic Monarchy in Theory and Practise”, en Balot, R.K. (ed.), *A Companion to Greek and Roman political thought*, Blackwell, UK., pp.247-265.
- Eddy, S. K. (1961), *The King is dead. Studies in the Near Eastern Resistance to Hellenism, 334-31 B.C.*, University of Nevada, Lincoln.
- Erickson, K. G. (2009), *The early Seleucids, their gods and their coins*, Tesis doctoral, University of Exeter, Exeter.
- Erickson, K. (2011), “Apollo-Nabû: the Babylonian Policy of Antiochus I”, en Erickson, K. y Ramsey, G. (eds.), *Seleucid dissolution: the sinking of the anchor*, Harrossowitz Verlag, Wiesbaden, pp.51-66.
- Erickson, K. (2013), “Seleucus I, Zeus and Alexander”, en Mitchell, L. y Melville, C. (eds.), *Every Inch a King. Comparative Studies on Kings and Kingship in the Ancient and Medieval Worlds*, Brill, Leiden-Boston, pp. 109-127.
- Frézouls, E. (1977) “La toponymie de l’Orient Syrien et l’apport des éléments Macedoniens”, en Fahd, T. *et al.* (eds.), *Actes du Colloque de Strasbourg. La toponymie*

Antique, 12-14 junio de 1975, Université des Sciences Humanes de Strasbourg, Extrasburgo, pp. 219-248.

- Gauthier, P. (1985), *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs (IV^{er}-I^{er} Siècle avant J.-C.)*. *Contribution à l'histoire des institutions*, BCH Supplément 12.
- Grainger, J.D. (1990a), *Seleukos Nikator. Constructing a Hellenistic Kingdom*, Routledge, Londres-Nueva York.
- Grainger, J.D. (1990b), *The cities of Seleukid Syria*, Clarendon Press, Oxford.
- Grant, M. (1982), *From Alexander to Cleopatra. The Hellenistic World*, Weidenfeld and Nicolson, Londres.
- Gruen, E.S. (1996), "Hellenistic kingship: puzzles, problems and possibilities" en en Bilde, P. et al. (eds.), *Studies in Hellenistic Civilization VII. Aspects of Hellenistic Kingship*, Aarhus University Press, Oxford, pp. 116-125.
- Hadley, R. (1974), "Royal Propaganda of Seleucus I and Lysimachus", *JHS* 94, pp.50-65.
- Holleaux, M. (1975) [1939], "Rome and Antiochus", en Cook, S.A. et al. (eds.), *CAH VIII: Rome and the Mediterranean 218-133 B.C.*, Cambridge University Press, Cambridge pp. 199-239.
- Hydahl, N. (1990), "The Maccabean rebellion and the question of 'hellenization'", en Bilde, P. et al. (eds.), *Religion and Religious Practice in the Seleucid Kingdom*, Aarhus University Press, Aarhus, pp. 188-203.
- Kroll, J.H. (2007), "The emergence of ruler portraiture on early Hellenistic coins. The importance of being divine", en Schultz, P. y Von den Hoff, R. (eds.), *Early Hellenistic Potraiture. Image, Style, Context*, Cambridge University Press, Cambridge, pp.113-122.
- Kuhrt, A. (1987), "Berossus' Babyloniaka and Seleucid Rule in Babylonia", en Kuhrt, A. y Sherwin-White, S. (eds.), *Hellenism in the East*, Duckworth, Londres, pp.32-56.
- Kuhrt, A. y Sherwin-White (1991), "Aspects of Seleucid Royal Ideology: The Cylinder of Antiochus I from Borsippa", *JHS* 111, pp. 71-86.
- Kuhrt, A. (1996), "The Seleucid kings and Babylonia: new perspectives on the Seleucid realm in the East", en Bilde, P. et al. (eds.), *Studies in Hellenistic Civilization VII. Aspects of Hellenistic Kingship*, Aarhus University Press, Oxford, pp. 41-54.

- Lévêque, P. (2005), *El mundo helenístico*, Paidós, Barcelona.
- Lund, H.S. (1992), *Lysimachus. A study in early Hellenistic Kingship*, Routledge, Londres, pp. 153-181.
- Mastrocinque, A. (1983), *Manipolazione della storia in Età Ellenistica: I Seleucidi e Roma*, "L'Erma" di Bretschneider, Roma.
- Ma, J. (2000), "Seleukids and Speech-Actos: Performative Utterances, Legitimacy and Negotiation in the World of Maccabees", *SCI* 19, pp. 71-112.
- Ma, J., (2003) "Kings", en Erskine, A. (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Blackwell, Oxford, pp.175-195.
- Mitchell, S. (2003), "The Galatians: Representation and Reality", en Erskine, A. (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Blackwell, Oxford pp.280-293.
- Mirón Pérez, M^a. D. (2011), "Las 'buenas obras' de las reinas helenísticas: benefactoras y poder político", *ARENAL* 18(2), pp. 243-275
- Mossé, C. (2004), "La invención de una nueva monarquía" en Mossé, C., *Alejandro Magno. El destino de un mito*, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 157-175.
- Muccioli, F. (2010), "Antioco III e la política onomástica dei Seleucidi", *Electrum* 18, pp. 81-96.
- Müller, S. (2013), "The female element of the political self-fashioning of the Diadochi: Ptolemy, Seleucus, Lysimachus and their Iranian wives", en Alonso Troncoso, V. y Anson, E.M. (eds.), *After Alexander. The time of the Diadochi (323-281 BC)*, Oxbow Books, Oxford, pp. 199-214
- Murray, O. (1996), "Hellenistic royal symposia", en Bilde, P. et al. (eds.), *Studies in Hellenistic Civilization VII. Aspects of Hellenistic Kingship*, Aarhus University Press, Oxford, pp. 15-27.
- Nestle, W. (1973), "Culto del sovrano e divinizzazione di uomini", en Nestle, W., *Storia della religiosità greca*, La Nuova Italia, Florencia, pp. 305-311.
- Pascual, J. (2011), "La legitimación de los sucesores", *Desperta Ferro*, 8, pp.6-9.
- Pollitt, J.J. (1989), *El arte helenístico*, Nerea, Madrid.
- Rajak, T. et al. (eds.) (2007), *Jewish Perspectives on Hellenistic Rulers*, University of California Press, Berkeley.

- Ramsey, G. (2011), “The Queen and the City: Royal female intervention and patronage in Hellenistic civic communities”, *Gender & History* 23 (3), pp. 510-527.
- Ristvet, L. (2014), “Between ritual and theatre: political performance in Seleucid Babylonia”, *World Archaeology* 45 (4), pp.1-14.
- Rostovtzeff, M. (1978) [1928], “Syria and the East”, en Cook, S.A. *et al.* (eds.), *CAH VII: The Hellenistic Monarchies and the Rise of Rome*, Cambridge University Press, Cambridge pp.155-195.
- Seager, R. (1981), “The freedom of the Greeks of Asia: from Alexander to Antiochus”, *CQ* 31(1), pp.106-112.
- Sherwin-White, S.M. (1983), “Ritual for a Seleucid King at Babylon?”, *JHS* 103, pp. 156-159.
- Sherwin-White, S. (1987), “Seleucid Babylonia: a case-study for the installation and development of Greek rule”, en Kuhrt, A. y Sherwin-White, S. (eds.), *Hellenism in the East*, Duckworth, Londres, pp.1-31.
- Sherwin-White, S. y Kuhrt, A. (1993), *From Samarkhand to Sardis. A new approach to the Seleucid Empire*, University of California Press, Berkeley.
- Shipley, G. (2000), *El mundo griego después de Alejandro 323-30 a.C.*, Crítica, Barcelona.
- Strootman, R. (2005), “Kings against Celts. Deliverance from Barbarians as theme in Hellenistic Royal Propaganda” en Enenkel, K.A.E. y Pfeijffer, I.L. (eds.), *The Manipulative Mode. Political propaganda in Antiquity: a collection of case studies*, Brill, Leiden-Boston, pp. 101-141.
- Strootman, R. (2011), “Hellenistic court society: The Seleukid imperial court under Antiochos the Great, 223-187 BCE” en Duindam, J. *et al.* (eds.), *Royal Courts in Dynastic States and Empires: A Global Perspective*, Brill, Leiden & Boston, pp. 63-82.
- Tarn, W.W. (1978) [1928], “The struggle of Egypt against Syria and Macedonia”, en Cook, S.A. *et al.* (eds.), *CAH VII: The Hellenistic Monarchies and the Rise of Rome*, Cambridge University Press, Cambridge pp.699-731.
- Tcherikover, V. (1961), *Hellenistic civilization and the Jews*, Jewish Publication Society of America, Filadelfia.

- Tracy, S.V. (1988), “IG II² 937: Athens and the Seleucids”, *GRBS* 29, pp. 383-388.
- Walbank, F.W. (1996), “Two Hellenistic Processions: A Matter of Self- Definition”, *SCI* 15, pp. 119-130.
- Wikander, C. (2005), “The Practicalities of Ruler Cult” en Häg, R. y Alroth, B. (eds.), *Proceedings of the Six Internatioanl Seminar on Göteborg University. Greek sacrificial ritual, Olympian and Chthonian.*, 25-27 de abril de 1997, Alroth, Estocolmo.
- Welles, C. B. (1966) [1934], *Royal correspondence in the Hellenistic period. A study in Greek epigraphy*, “L’Erma” di Bretschneider, Roma.
- Zahle, J. (1990), “Religious motifs on Seleucid coins”, en Bilde, P. *et al.* (eds.), *Religion and Religious Practice in the Seleucid Kingdom*, Aarhus University Press, Aarhus, pp. 125-139